

96

AUGUSTO STRINDBERG

ACREEDORES

Un acto

Traducción de Rosendo Diéguez

Centro Editorial
PRESA
Hospital, 115.-BARCELONA



ACREEDORES

AUGUSTO STRINDBERG

ACREEDORES

Traducción de Rosendo Diéguez



BARCELONA
Centro Editorial Presa
115 — HOSPITAL — 115

ACREEDORES

Tragicomedia en un acto y en prosa

PERSONAJES

TECLA.
ADOLFO, pintor, casado en segundas nupcias con Tecla.
GUSTAVO, casado en primeras nupcias con Tecla. Viaja de incógnito y no es conocido de Adolfo.
DOS SEÑORAS EN TRAJE DE VIAJE } Papeles mudos.
UN MOZO DEL HOTEL. } Papeles mudos.

La acción en Delarœ, en las cercanías de Estocolmo

Época actual

ACREEDORES

ACTO ÚNICO

Un salón de lectura en un hotel, en los baños de mar de Delarœ. En el foro un vano por el cual se ve un corredor, y más lejos, bien claro, un paisaje marítimo. Puerta á la derecha. Mesa cargada de periódicos y revistas. A la derecha de la mesa una *chaise longue*. Otro asiento á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

ADOLFO, GUSTAVO

(Al subir el telón, el primero está sentado cerca de la mesa y trabaja, sobre un banco de escultor en miniatura, en una figura de cera. Gustavo, tumbado en la *chaiselongue*, fuma lentamente un cigarro.)

ADOLFO

(Contra el respaldo de su silla descansan sus muletas.)

...Y á usted le debo todo esto.

GUSTAVO

¡Vamos, hombre!...

ADOLFO

A usted, sí. Durante los primeros días que siguieran á la partida de mi mujer, quedé paralizado sobre mi sofá, abatido y lleno de pesares. Era como si ella se hubiese marchado llevándose mis muletas; no me podía mover. Pasan algunos días; me sacudo y comienzo á reanimarme. Las pesadillas que en la fiebre asaltaban mi cerebro se disipan; vivas ideas vuelven á darme alientos despertando en mí de nuevo el placer de producir; las miradas recobran su agudeza de otro tiempo... ¡Y entonces aparece usted en escena!

GUSTAVO

Es verdad. Cuando le encontré á usted, apoyado en sus muletas y arrastrándose penosamente, inspiraba usted compasión. Pero falta demostrar que mi presencia sea la causa de su restablecimiento. La verdad es que necesitaba usted reposo y que le hacía falta la compañía de un hombre.

ADOLFO

Muy justo es eso que acaba usted de decir, como, por otra parte, todo lo que usted

dice. En otro tiempo no me faltaban amigos. Después de mi matrimonio, me pareció supérfluo volverles á ver. Vivía, satisfecho, al lado de la compañera que había elegido. Sin embargo, pronto hice nuevos conocimientos en mi nuevo círculo de relaciones. Mi mujer, deseosa de conservarme para sí sola, tuvo al principio celos; después — he aquí una cosa rara — afectó, para llegar á sus fines, que acaparaba todos mis amigos. Y desde entonces viví solo, y celoso á mi vez.

GUSTAVO

¿Sabe usted que es muy propenso á contraer esa enfermedad?

ADOLFO

Tenía miedo de perder lo que amaba. Hacía lo posible por evitar esta pérdida. ¿Qué encuentra usted de reprensible en eso? Mas nunca llegué á temer que me fuese infiel.

GUSTAVO

¿Qué marido tiene temores de ese género?

ADOLFO

¿No es sorprendente esto?... Lo único que

en el fondo yo temía era el ascendiente que mis amigos pudieran tomar sobre el espiritu de mi mujer, porque tenía miedo de que un día este ascendiente, esta influencia, pudiera indirectamente alcanzarme y recaer en mí... ¡pensamiento que me era insoportable!

GUSTAVO

¿No había, según eso, conformidad entre su mujer y usted?

ADOLFO

Ya se lo dije, porque usted todo puede sa berlo... Mi mujer es una naturaleza original... (Sonrisa de Gustavo). ¿De qué se rie usted?

CUSTAVO

De nada.. Siga usted... Es una naturaleza original...

ADOLFO

Que de mi nada quiso recibir...

GUSTAVO

...Pero toma algo á todo el mundo.

ADOLFO, después de un momento de reflexión.

Sí. Y tenía yo la sensación de que se negaba á aceptar mis ideas sólo porque eran mías, y no por capricho ó porque le parecieran absurdas. Con frecuencia ocurría, por otra parte, que me servía mis opiniones de una época anterior defendiéndolas con calor, como si fueran suyas. Hasta me ocurrió sugerirle después pensamientos míos por mediación de un amigo. Asimilábaselo todo, con tal que no procediera de mí.

GUSTAVO

En otros términos: ¿no es usted absolutamente dichoso?

ADOLFO

¡Sí... lo soy! Tengo la mujer que deseaba, y no ambicionaba más.

GUSTAVO

¿Y nunca deseó usted ser libre?

ADOLFO

No podría decirlo claramente. Verdad es que á veces me ocurrió pensar que viviría

muy tranquilo viviendo solo. Pero, en cuanto ella me deja por un instante, mís deseos van á ella, como si ella fuese mi cuerpo y mi cerebro. Hay horas—y esto es raro—en que creería carezco de individualidad. Me parece entonces que ella constituye una parte de mi ser, un pedazo de mis entrañas que se lleva mi voluntad con mi alegría de vivir. Decididamente, el nudo vital de que habla la anatomía, me parece que lo he depositado en ella.

GUSTAVO

Después de todo, ¿por qué no ha de ser así?

ADOLFO

¡Imposible! ¡Cómo! ¡Una naturaleza cual la suya, con aquella abundancia de ideas personales!... ¡No!... ¿Qué era yo, en resumidas cuentas, cuando la encontré? Nada, un joven artista insignificante; ella me formó.

GUSTAVO

Sí, pero, después, usted desarrolló sus ideas y le dió una educación, ¿no es verdad?

ADOLFO

No. Ella se detuvo en su desenvolvimiento, mientras yo crecía con rapidez.

GUSTAVO

Sí. Es un hecho bastante característico que el talento superior de esa mujer se debilitara así después de la publicación de su primer novela y que no se mantuviera en adelante en su grado de elevación... Menester es convenir también en que el asunto de aquel libro la era singularmente desfavorable, sobre todo si se admite que su primer marido la sirvió de modelo... A propósito: ¿no ha llegado usted á conocer á este hombre? ¡Debía ser un idiota completísimo.

ADOLFO

Nunca le ví. Hacía seis meses que estaba ausente cuando el divorcio se pronunció. Pero era un verdadero idiota, si se le ha de juzgar por el retrato que mi esposa me hizo de él... (Silencio embarazoso). ¡Y puedo asegurar á usted que la pintura es fidelísima.

GUSTAVO

Estoy convencido de ello. Mas en ese caso, ¿por qué se hizo su mujer?

ADOLFO

No podía conocerla antes. Poniéndolas á prueba, ya lo sabe usted, es como se conoce á las personas.

GUSTAVO

Entonces, no debiéramos casarnos sino después de la «prueba»... Y era un dóspota ¿verdad?

ADOLFO

¡Ciertamente!

GUSTAVO

Sin duda. ¿Qué marido no lo es? (Con intención). ¿Acaso no lo es usted como los otros?

ADOLFO

¡Yo he dejado á mi mujer en toda libertad; puede ir allí donde quiera.

GUSTAVO

¡Vaya un mérito!... ¡No iba usted á tenerla encerrada! Supongo no abrigaría usted semejante pretensión... Pero, vamos á ver: ¿no le disgustaría, por ejemplo, que pasase la noche fuera de casa?

ADOLFO

¡Oh, eso no es conveniente!

GUSTAVO

¡Ah! ¡Usted también cree que!... (Con intención). En verdad, eso le hace á usted algo ridículo.

ADOLFO

¿Cómo ridículo? ¿Se es ridículo cuando se tiene confianza en la mujer?

GUSTAVO

Indudablemente. Y usted lo es ya... ¡Y mucho!

ADOLFO, acalorándose.

¡Yo!... He ahí, sin embargo, el último aspecto que pretendo tener. Pero todo cambiará.

GUSTAVO

Más calma, querido. Tendría usted una nueva crisis.

ADOLFO

¿Y por qué no ha de ser ella ridícula á su vez cuando yo paso la noche fuera de casa?

GUSTAVO

¿Por qué? ¿Qué le importa á usted eso?... Ello es que así ocurre. Y mientras uno piensa en ella, la desgracia sucede...

ADOLFO

¿Qué desgracia?

GUSTAVO

En efecto, el marido era un déspota, y ella se había casado justamente á fin de ser libre. Porque una joven no adquiere la libertad sino tomando una caperuza; y el marido es quien hace las veces...

ADOLFO

¡Naturalmente!

GUSTAVO

¡Y usted es la caperuza de que hablo!

ADOLFO

¿Yo?

GUSTAVO

Usted, sí. . ¡Como marido!

ADOLFO queda un momento pensativo, cual si tuviese otra cosa en el cerebro.

GUSTAVO

¿Llevo razón?

ADOLFO, turbado.

No sé.—Se viven muchos años con una mujer sin reflexionar acerca de ella ni de sus relaciones... y de repente se empieza á pensar... y entonces... ¡adiós confianza!—Gustavo, usted es mi amigo, el único amigo verdadero que he tenido en mucho tiempo. Gracias á usted recobré hace una semana el valor de vivir. Es como si en mí se hubiese deslizado su fluido de usted. Fué usted el relojero que reparó el mecanismo de mi cerebro y remontó su resorte. ¿No está usted notando que me expreso con más claridad? Hasta me parece que mi voz se ha hecho más sonora.

GUSTAVO

Efectivamente, me ha sorprendido todo eso... Pero, ¿á qué ha obedecido?

ADOLFO

No sé. Tal vez las mujeres le acostumbren á uno á hablar más bajo. Tecla me reprochó siempre el que gritara...

GUSTAVO

Y usted bajó el tono, y la mujer empezó á llevar los pantalones.

ADOLFO, distraidamente.

No. Ocurrió algo peor aún. (Interrumpiéndose). Pero no hablemos de eso ahora... —¿Dónde estábamos?—¡Ah, sí! Usted se presentó, desvelando ante mis ojos los misterios de mi arte. Desde hacía mucho tiempo sentía yo que mi interés por la pintura disminuía, por no hallar en esta rama del arte los medios de realizar mi visión completa; y cuando usted me reveló las causas de este fenómeno, demostrándome por qué la pintura no puede ser la forma de expresión del genio artístico de los tiempos modernos, todo se hizo claro para mí, y me convencí de que ya me sería imposible traducir una cosa por medio de los colores.

GUSTAVO

¿Tan seguro está usted de que no podrá

volver á pintar y de que nunca cogerá de nuevo los pinceles?

ADOLFO

Completamente seguro. He hecho la prueba. Cuando, después de nuestra conversación, me fuí á acostar por la noche, recordé el razonamiento de usted punto por punto y me convencí de su exactitud. Al siguiente día por la mañana se había como clarificado en mi espíritu; después de una noche de sueños, su pensamiento de usted me penetraba como un relámpago. A pesar de esto, pensé que pudiera usted equivocarse. Y descendí vivamente del lecho, y apoderándome de mis pinceles y mi paleta intenté pintar. Pero aquello había acabado indudablemente. Ya no era capaz de ninguna ilusión. Ante mí sólo veía manchas de colores. Y me espantaba pensar que nunca había podido creer y hacer creer á los otros que aquel cuadro fuese otra cosa que un lienzo manchado. La venda había caído de mis ojos, y me sería hoy tan imposible pintar de nuevo un cuadro como volver á ser niño.

GUSTAVO

Y entonces se persuadió usted de que las

aspiraciones naturalistas de este tiempo, su deseo de verdad, de vida intensa, no pueden realizarse más que por la escultura, que es la única que da la medida del cuerpo según las tres dimensiones y puede crear la forma análoga á la de...

ADOLFO, vacilando.

¿Las tres dimensiones?... Sí, los cuerpos, en una palabra.

GUSTAVO

¡Y he aquí que se hace usted escultor! ¿Que se hace? No, que se vuelve á hacer, mejor dicho, porque lo era usted desde el principio. Se había usted apartado de su vereda. Un guía hubiera bastado para ponerle nuevamente en el camino verdadero... Dígame usted: cuando trabaja usted ahora, ¿encuentra la gran alegría de producir de otro tiempo?

ADOLFO

Ahora, vivo.

GUSTAVO

¿Puede verse lo que hace usted?

ADOLFO

Es una figura de mujer.

GUSTAVO

¡Cómo! ¿sin modelo?... ¡Y tan viva!

ADOLFO, con voz sombría.

Sí. Pero se le parece... ¡Es raro! ¡Esa mujer está en mí, como yo estoy en ella! Si se me matase súbitamente, se encontraría su imagen impresa en cada célula de mi cerebro.

GUSTAVO

No hay en eso nada de extraño. ¿Sabe usted lo que es la transfusión?

ADOLFO

¿La transfusión de la sangre? Sí.

GUSTAVO

Pues bien, la sangría fué demasiado fuerte sin duda... Mirando esa figura, muchas cosas se me aparecen que aún no había podido comprender. ¿La ha amado usted mucho?

ADOLFO

Tanto, que no sé si yo soy ella ó ella es yo. Sonríe, sonrío. Llora, lloro... Y, no lo creería usted...; en sus primeros partos pasé los dolores al mismo tiempo que ella.

GUSTAVO

¿Sabe usted una cosa, querido? Siento mucho decírselo, pero me parece que ofrece usted los síntomas de la epilepsia.

ADOLFO, turbado.

¿De la epilepsia? ¿Yo? ¿En qué se funda usted para creer...?

GUSTAVO

En observaciones hechas en uno de mis jóvenes hermanos, el cual presentaba esos síntomas.

ADOLFO

¿Y cómo se manifestó la cosa en él?

(Gustavo le refiere el hecho al oído con gestos muy claros, pintorescos y demostrativos. Adolfo escucha atentísimo y reproduce involuntariamente los gestos de Gustavo)

GUSTAVO, *alto.*

Aquello era atroz; y si no se siente usted bien, no quiero entristecerle más con una descripción detallada de este caso.

ADOLFO, *turbadísimo.*

¡No importa; siga usted!

GUSTAVO

Conste que usted mismo lo ha deseado... Pues bien, mi hermano se había casado con una virtuosa muchacha de bucles pendientes, de ojos de paloma. Un rostro de niño. Un alma de ángel. En seguida se arrogó las prerogativas masculinas...

ADOLFO

¿Cómo?

GUSTAVO

Sí, la iniciativa. Y esto con tal éxito, que el ángel estuvo á punto de llevarse al joven al cielo. Pero antes de la ascensión hubo de sentir el peso de su cruz y los clavos en su carne.

ADOLFO, *con ansiedad.*

¿Pero cómo se manifestó?

GUSTAVO, lentamente, subrayando las palabras.

Estábamos en casa de un amigo. Charlábamos, y apenas hacía un instante que yo hablaba, cuando le ví palidecer como el yeso. Sus extremidades se estiraron y sus dos pulgares se torcieron, vueltos hacia la palma de sus manos, así... (Reproduciendo los gestos). Sus ojos se inyectaron en sangre, se mordió la lengua... así, mire usted... Un torrente de saliva silbó en su garganta. Su tórax viró y se torció como en un banco de carpintero; el fulgor de sus pupilas flamígeras onduló como una llama de espíritu de vino; la espuma que salía de su boca fué sacudida por dos labios agitados y poco á poco, lentamente, se dejó caer, resbaló hacia atrás en su silla como un borracho, y luego...

ADOLFO, sofocado.

¡Basta!

GUSTAVO

Y luego... ¿Se siente usted mal?

ADOLFO

Si.

GUSTAVO, levantándose para ir en busca de un vaso de agua.

Tenga usted, beba, y hablemos de otra cosa.

ADOLFO

Gracias... Pero siga.

GUSTAVO

¿Se empeña usted?... Cuando volvió en sí de nada se acordaba. Cosa natural, por otra parte, puesto que había perdido el conocimiento. ¿En alguna ocasión ha sentido usted algo por el estilo?

ADOLFO

Muchas veces he tenido vértigos, pero mi médico ha declarado que esto provenía de la anemia.

GUSTAVO

Así se empieza siempre. Y crea usted que está usted en peligro, que la epilepsia no tardará en manifestarse si no se cuida usted.

ADOLFO

¿Qué debo hacer, entonces?

GUSTAVO

Ante todo observar una abstinencia completa.

ADOLFO

¿Durante cuanto tiempo?

GUSTAVO

Al menos por espacio de seis meses.

ADOLFO

No es posible. Eso sería la desorganización de nuestra vida común.

GUSTAVO

Entonces. "¡Adios, adorados campos!"

ADOLFO, cubriendo con un paño su pálido rostro.

¡No puedo!

ADOLFO

¿No puede usted... y se trata de la vida?.— Pero, diga usted, puesto que se ha confiado á mí en absoluto: ¿no hay en el fondo de su ser una herida más que le tortura, otra pena secreta? La vida es tan extraña en sus mil manifestaciones, las ocasiones de desen-

canto son tan frecuentes, que es raro encontrar un móvil único para los desacuerdos íntimos. ¿No hay en la sentina del navío que le lleva á usted un cadáver que trata usted de ocultarse á sí mismo? Recuerdo que últimamente me habló usted de un hijo que estaba en un colegio, interno en no sé en que punto. ¿Porqué no ha conservado usted ese hijo á su lado?

ADOLFO

Mi mujer deseaba que fuese educado fuera. La casa de un artista se presta mal para eso...

GUSTAVO

¿No hubo alguna otra razón... más convincente?

ADOLFO

¡Es usted tenaz como un confesor!

GUSTAVO

Hábleme usted con franqueza.

ADOLFO

Pues bien, mucho influyó el que la niña, á

los tres años, empezase á parecerse de un modo sorprendente... al primer marido.

GUSTAVO

¡Ah!... ¿Vió usted en alguna ocasión á ese primer marido?

ADOLFO

No, nunca. Sólo una vez eché una furtiva ojeada sobre un mal retrato, pero sin poder comprobar el parecido en cuestión.

GUSTAVO

Generalmente, la fotografía no suele tener más que una lejana semejanza con el original. Además, con el tiempo, su tipo ha podido modificarse. ¿No ha despertado esto sospechas en usted?

ADOLFO

Ninguna absolutamente. La niña nació un año después de nuestro matrimonio. Y el marido viajaba cuando yo conocí á Tecla; se encontraba en este mismo balneario, en este mismo hotel. Precisamente á causa de esto venimos á pasar aquí los veranos.

GUSTAVO

Toda sospecha debía ser, pues, imposible, y en el caso presente no debía usted tener ninguna, porque no es raro que los hijos de una mujer casada en segundas nupcias se asemejen al marido difunto. Es la que nos ocupa una aventura desagradable. Y con seguridad que por evitar esto los indios quemaban á las viudas sobre las tumbas de los esposos. Pero, por otra parte, ¿nunca se sintió usted celoso de este marido, de su recuerdo? ¿No le sería á usted odioso, paseando en cualquier parte, encontrarle y verle mirar á su Tecla de usted y leer en su mirada lo que piensa, tan claro como si dijera en alta voz: «La hemos...» en lugar de: «La he...»—«Los dos la hemos poseido», por ejemplo?

ADOLFO

No puedo negar que, efectivamente, á veces he tenido esa idea.

GUSTAVO

¡Ah vamos! ¡Y por desgracia la cosa no acaba ahí! Como usted ve, hay en la existencia desacuerdos contra los cuales nada puede hacerse. No le queda á usted más remedio que taparse los oidos con cera, y á

trabajar. Trabajad, envejeced, apilad una suma de impresiones nuevas, y el cadáver, en la bodega, continuará perfectamente tranquilo bajo la tapa de su féretro herméticamente cerrado.

ADOLFO

Perdone usted que le interrumpa. Pero es extraño que en ciertos momentos me haga usted pensar en Tecla por su manera de hablar. Tiene usted un modo de guiñar el ojo que me recuerda exactamente una costumbre suya, y sus miradas de usted tienen sobre mí el mismo imperio que las de ella.

GUSTAVO

¡No en verdad!

ADOLFO

¡Ah! Mire usted, acaba usted de pronunciar ese «¡No en verdad!» con el mismo tono descuidado que ella le hubiera dicho. La expresión «¡No en verdad!» es una costumbre en ella.

GUSTAVO

Sí, probable es que haya entre nosotros

lo que se llama un «aire de familia». ¿No se dice por otra parte que el mundo es una familia inmensa? Sin embargo, eso es muy curioso, y tendré un interés verdadero en conocer á su esposa de usted, en observar todas esas pequeñas rarezas.

ADOLFO

Y ello me hace cavilar mucho. Nunca emplea ninguna de mis expresiones personales. Más bien parece huir de hacer uso de mi vocabulario. ¡Jamás la vi esbozar solamente un gesto mío! Sin embargo, en todas partes hay entre los esposos como una tendencia á modelarse inconscientemente el uno con arreglo al otro.

GUSTAVO

Efectivamente. Pero, oiga usted, querido... ¡Esa mujer no le ha amado nunca!

ADOLFO

¡Qué está usted diciendo!

GUSTAVO

Dispense. El amor de la mujer, amigo mío, tiende siempre á apropiarse, á tomar

algo. La mujer que ama, recibe; el hombre que ama, da. Observe usted bien la diferencia. Si no se ha apropiado nada de usted, señal de que no le ama, señal de que nunca le amó.

ADOLFO

En resumidas cuentas, ¿cree usted que no se puede amar mas que una vez?

GUSTAVO

No. Se deja uno «engatusar» sólo una vez. Luego se tienen los ojos abiertos. Usted nunca fué engatusado. Ande usted alerta con los que lo fueron. Son gentes peligrosas.

ADOLFO

Sus palabras de usted me penetran semejantes á hojas agudas, cortantes, en mis carnes introducidas. Siento que en mí algo se desgarra, y no lo puedo impedir. Y sin embargo, esto me procura una impresesión agradable, como si conductos que no podían abrirse hubiéranse abierto y se vaciaran súbitamente.—¡No me ha amado nunca!—¿Por qué, pues, se casó conmigo?

GUSTAVO

Empieze usted por decirme de qué modo se ofreció á usted, como se las arregló para enamorarle... ¿Fué ella quién le cogió á usted, ó usted quien la cogió á ella?...

ADOLFO

¡Sólo Dios lo sabe!... He ahí una pregunta realmente embarazosa... ¿Cómo ocurrió aquello?...—No se hizo todo en un día.

GUSTAVO

Permítame usted que trate de saber...

ADOLFO

¡Trabajo perdido!

GUSTAVO

Mire usted, en una ojeada, con lo que me ha dicho usted de sí mismo y de su esposa, en una ojeada, veo lo suficiente para reconstituir las etapas todas de la aventura... ¿Lo duda usted?... Pues escuche... (Sin pasión, casi bromeando). El esposo ha partido para un viaje de estudio. Ella queda sola; y ella experimenta un placer formidable al pensar que es *libre*. Luego... ¡muy pronto!... la

soledad le pesa, y presumo que después... de quince días de ayuno, nuestra joven siente mucho su aislamiento. Pero he aquí que *el otro* aparece, y el vacío que sentía á su alrededor se llena poco á poco. Establécese un paralelo. La imagen del ausente comienza á borrarse, por la razón muy sencilla de que se aleja más cada vez... Ya sabe usted que los ausentes siempre merecen ser censurados. De repente la pasión se revela en ellos, les turba: se inquietan por sí mismos, por su conciencia... ¡piensan en *Él!*... Búscanse un refugio: ponen una hoja de parra á su amor: juegan «al hermano y la hermana»; y cuanto más sus sentimientos se inclinan á la sensualidad, más les poetizan y los espiritualizan en sus constantes relaciones.

ADOLFO

...¡Juegan «al hermano y la hermana»!... ¿Cómo sabe usted...?

GUSTAVO

Me parece que es lo indicado. Los niños juegan al papá y la mamá. Cuando crecen, juegan al hermano y la hermana. Todo esto para ocultar lo que en efecto ha de estar

oculto. Luego, nuestros amantes hacen voto de castidad; tiene lugar entre ellos una perpetua partida de escondite, hasta que se encuentran en cualquier rincón bien sombrío en el cual permanecen tranquilos, intimamente persuadidos de que ninguna mirada les alcanza .. (Con fingida austeridad). Sin embargo, llegan á tener un presentimiento de que alguien en aquella obscuridad les observa... y el miedo hace presa en ellos. En su espanto, el fantasma del ausente se les aparece. Atraviesa sus sueños, espectro de dimensiones inquietantes; se transforma y se metamorfosea. Su sueño de amor esbozado acaba en pesadilla. Y el ser fantástico se convierte en *acreedor* despiadado, llamando á la puerta de su casa... Entrevén su mano negra, cuyos dedos aparecen en la mesa cuando tocan los manjares comunes; y en el silencio de la noche, en el que sólo el latido de su pulso debiera oirse, distinguen el sonido discordante de su voz... Esto no les impide adorarse, pero atormenta su felicidad. Y cuando descubren el poder oculto que les tortura, quieren huír, pero en vano. No pueden sustraerse al recuerdo que les persigue, á la deuda dejada tras sí, y de la cual el acreedor reclama el pago;

á la opinión pública, cuyo juicio los espanta. Incapaces de soportar por más tiempo el recuerdo de la deuda contraída, golpean el suelo con el pie, á fin de hacer salir de él el macho cabrío emisario, á quien comenzarán á cargar con el fardo de su falta, para degollarle acto seguido. Se creían espíritus libres, exentos de los prejuicios del mundo, mas no intentaron unir sus existencias abiertamente, declarándole sin vacilaciones, con franqueza: «¡Nos amamos!» ¡Eran viles, y habían de pensar en asesinar á su tirano!... ¿No es eso?...

ADOLFO

Si, pero olvida usted que ella ha educado mi alma, que yo he conocido por ella nuevos pensamientos...

GUSTAVO

¡No, no lo olvido! Pero, dígame usted: ¿cómo es que no pudo educar al otro de igual manera y hacer de él un espíritu libre?...

ADOLFO

Ya le he dicho á usted que el otro era un idiota.

GLSTAVO

Si, si... es verdad, ¡era un idiota! Pero «idiota» no es más que una vaga indicación, y á juzgar por el carácter que su mujer le da en su novela, ese idiotismo se limita esencialmente á su incapacidad de comprender á su mujer. Vaya, permítame usted que le haga una pregunta. ¿Es su mujer de usted un espíritu tan profundo? Por mi parte, nunca descubrí tal profundidad en sus escritos.

ADOLFO

Ni yo tampoco. Y convengo de buena gana en que mi querida Tecla no es de un trato muy fácil, ni es siempre muy cómodo comprenderla. Ocurre algo así como si el mecanismo de nuestros dos cerebros se engranase mal á veces y como si algo se rompiese en mi cabeza, cuando trato de poner sus ideas de acuerdo con las mías.

GUSTAVO

Tal vez sea usted también un idiota.

ADOLFO

Me complazco en creer que no. Creo que sus juicios son casi siempre falsos. Hágame

usted el favor de leer esta carta que he recibido no hace mucho.

(La saca de su cartera).

GUSTAVO, leyendo rápidamente.

¡Hum! he aquí un estilo que conozco.

ADOLFO

Algo «hombre», ¿no es verdad?

GUSTAVO

Sí. Sé de una persona que escribe casi de igual manera.—¡Cómo!... ¿Todavía le llama á usted «Querido hermanito»? ¿Todavía persiste usted en representar una comedia ante sí mismo? ¿Aunque seca, conserva usted todavía su hoja de parra?... ¿Acaso no la tutea usted?

ADOLFO

No siempre. Encuentro eso más respetuoso.

GUSTAVO

¡Ah!—¡Y también para inspirarle á usted más respeto se llama hermana suya!

ADOLFO

La quiero siempre estimar más que á mí mismo, como si fuese una transfiguración de mi Yo.

GUSTAVO

¡Ah! ¡Sea usted mismo su Yo superior! Tal vez resulte un poco menos cómodo que servirse de un suplente, pero es más meritorio.— Según eso, ¿trata usted de ser inferior en todo á su esposa?

ADOLFO

Efectivamente. ¿Qué quiere usted? Es para mí un goce sentirla por encima de mí. Así, por ejemplo, la he enseñado á nadar. Pues bien, ahora me gusta oirla declarar en voz alta que es mejor nadadora y más atrevida que yo. En sus primeras lecciones, yo me mostraba más torpe y más cobarde que ella, y, poco á poco, un día llegó en que me encontré—pero realmente ya—menos capaz y menos bravo. Era, muy seriamente, como si ella me hubiese arrebatado la energía.

GUSTAVO

¿Le ha enseñado usted alguna cosa más?

ADOLFO

Sí...—Pero esto quedará entre nosotros, ¿no es verdad? La he enseñado la ortografía, que ignoraba en absoluto; ¡y si la oyese usted expresarse á este respecto!... La he confiado el cuidado de llevar la correspondencia de la casa... Ella es quien escribe ó contesta... No lo creería usted; por falta de práctica, en el transcurso del año he venido á olvidar lo que de gramática aprendiera. ¿Piensa usted que se acuerda alguna vez de que yo fuí quien la inició en esta ciencia que desconocía? Nada de eso. ¡Y en la actualidad, á mí es á quien se trata de idiota!

GUSTAVO

¡Ah! ¡Hoy es á usted á quien se trata de...!

ADOLFO

En broma, naturalmente.

GUSTAVO

Desde luego. ¡Pero eso es un puro canibalismo, amigo mío!... ¿Y no lo ve usted? Ha procedido como los salvajes que se comen á sus enemigos no por recrearse con su carne, sino por asimilarse sus cualidades

superiores. ¡Esa mujer se ha asimilado su saber de usted, su valor, su alma entera!

ADOLFO

¡Y mi fe, que usted ha olvidado!... (Corta pausa).—Yo fuí quien la incité á componer su primer libro...

GUSTAVO, haciendo un gesto.

¡Ah!

ADOLFO

Yo la sostuve con mis elogios, cuando su trabajo parecíame imperfecto. Yo la introduje en los medios literarios, en los cuales no ha tenido más que ir cogiendo la flor de tantos talentos. Yo, á costa de mil trabajos, hice que la crítica se ocupara de ella. Yo la comuniqué su ardor, su fuerza, y tan vigorosamente que llegué á perder mi energía. Dí, dí, dí, hasta que ya no me quedó nada. ¿Sabe usted—le voy á enterar de todo—sabe usted lo que le digo? Hoy más que nunca el Alma me parece una cosa maravillosa... En el momento en que mis triunfos artísticos iban á eclipsar los suyos...—¡y su fama! —yo animé su valor empequeñeciéndome á

sus ojos, rebajando mi arte; hice grandes esfuerzos por demostrar con tanta insistencia lo fútil del papel de los pintores, imaginé tan convincentes razones en apoyo de mi tesis, que yo mismo llegué á creerme. Un día me dí cuenta de lo inútil de mi pintura. Y cuando usted me conoció, no hizo usted más que soplar suavemente sobre mi castillo de naipes para derribarle.

GUSTAVO

No sé si me acuerdo bien... pero me parece que al principio de nuestra conversación pretendía usted que de usted nada había tomado.

ADOLFO

¡Ahora es muy distinto! Ya no hay en mí nada que tomar.

GUSTAVO

La serpiente llegó á atiborrarse. Y hoy devuelve lo que tomó.

ADOLFO

Tal vez tomara de mí más de lo que yo pensaba.

GUSTAVO

¡Oh! puede usted estar seguro de eso. «Tomaba» sin cesar y usted no lo sospechó. «Escamoteaba» sería el término justo.

ADOLFO

Últimamente ya casi nada hacía por educarme.

GUSTAVO

Mientras que usted cada vez hacía más, indudablemente, por educarla á ella. Sin embargo, tenía el arte de persuadirle á usted de lo contrario. ¡Ah! ¡mucho me gustaría saber cómo se las arreglaba para hacer de usted un ser superior!

ADOLFO

¡Oh! primeramente...—¡Hum!

GUSTAVO

¿Qué?

ADOLFO

Yo fuí quien...

GUSTAVO

No, perdón, era ella quien...

ADOLFO

Francamente, no podría decirlo...

GUSTAVO

Ya está usted viendo.

ADOLFO

Sin embargo... (Cediendo). ¡Así es que se me llevó toda mi fe! Y decreciendo iba poco á poco cuando usted apareció para darme una fe nueva...

GUSTAVO, sonriendo irónicamente.

¿En la escultura?

ADOLFO, indeciso.

Sí.

GUSTAVO

¿Y cree usted en la escultura, en un arte abstracto, muerto, vestigio de la infancia de los pueblos?.., ¿Cree usted, con la forma pura y las tres dimensiones...? ¿eh?... ¿cree usted poder obtener un efecto sobre los sen-

tidos realistas de las gentes de hoy, procurar ilusiones sin los colores?... ¡Sin los colores! ¿ha oído usted?... ¿Cree usted en todo eso?

ADOLFO, abrumado.

No.

GUSTAVO

Ni yo tampoco.

ADOLFO

Entonces, ¿por qué me ha hecho usted pensar...?

GUSTAVO

¡Eh! Porque me daba usted lástima.

ADOLFO

Efectivamente, debo inspirar compasión. —Así, pues, no llegaré á pagar la deuda contraída. ¡Estoy en las últimas! ¡Y lo peor es que ella ya no es mía!

GUSTAVO

¿Qué necesidad tiene usted de que lo sea?

ADOLFO

Reemplazaría en mí al dios de las alturas, haría por mí lo que él hizo mientras creí en él... Constituiría el objèto indispensable á la satisfacción de la necesidad de veneración que siento en mí...

GUSTAVO

Sepulte usted en sí esa veneración. Que desaparezca, por ejemplo, aplastada bajo un desprecio salvador.

ADOLFO

Me es imposible vivir sin respetar...

GUSTAVO

¡Esclavo!

ADOLFO

No puedo adorar á una mujer sin sentir respeto por ella.

GUSTAVO

¡Al diablo todo eso!... ¡Entonces, enamórese usted de nuevo de su Dios, si le es absolutamente necesario un ídolo para santiguarse delante de él! ¡Vaya un ateo, que aún guarda en su carne vil la superstición

de la mujer! ¡Vaya un espíritu libre, que no se atreve á expresarse libremente acerca de las mujeres, á causa de la impresión que en él ejercen! ¿Sabe usted lo que hay de misterioso, de incomprensible, de profundo, en su Tecla?... ¡La estupidez! (Poniéndole la carta ante los ojos). ¡Mire usted! Ni una vez puede distinguir el régimen directo del régimen indirecto, lo que revela que hay un vicio en el mecanismo de su cerebro. ¡Faldas, he ahí lo que es todo eso! Póngale usted un pantalón, dibújele usted bajo la nariz unos bigotes con carbón, y oígala usted verter su *stock* de ideas profundas. ¡Verá usted qué sonido tan distinto! Un fonógrafo, querido, ni más ni menos, que repetirá sus palabras de usted—y las de los otros—algo atenuadas. ¿Conoce usted bien la conformación de la mujer? Sí, ¿no es verdad? Es un adolescente con el pecho desarrollado, una especie de hombre abortado, un niño afinado, precoz, cuyo crecimiento se ha detenido prematuramente, un ser clorótico, anémico y crónico, que tiene flujos de sangre trece veces al año...

ADOLFO

Muy bien... admito eso... Mas ¿cómo ex-

plicar entonces que hoy podamos ser unos seres semejantes?

GUSTAVO

¡Alucinación! ¡Poder de atracción de las faldas! ¡Ó tal vez se hayan ustedes vuelto realmente semejantes! La nivelación es cosa hecha. Su fuerza capilar ha elevado el agua sin duda á la misma altura, y el nivel se ha establecido... (Mirando su reloj). Pero... he aquí que hace sencillamrnte seis horas que charlamos... sí, querido, y su mujer de usted no tardará en llegar. Tal vez fuera conveniente levantar la sesion y dejar á usted algunos instantes de reposo...

ADOLFO

No... quédese, quédese, se lo ruego... No me atrevo á estar solo.

GUSTAVO

¡Oh! Nada más que un segundo. Su mujer de usted no puede tardar.

ADOLFO

Sí, se acerca. ¡Es extraño! Languidezco por ella, y tengo miedo de verla. Me acari-

cia, se muestra afectuosa, pero sus besos me ahogan, me aniquilan, me insensibilizan. Me ocurre con esto lo que con el pobre pequeño saltimbanqui á quien el clown pellizca fuertemente en las mejillas cuando están en los bastidores, á fin de que las tenga encarnadas al aparecer ante el público.

GUSTAVO

Dolorosa es la observación, querido amigo; y sin ser médico puedo muy bien decir á usted que se consume; no hay más que mirar sus últimos cuadros para convencerse absolutamente de esto.

ADOLFO

¿Qué dice usted?

GUSTAVO

Su colorido se ha hecho clorótico, tan débil y tan lavado, que se entrevé por debajo la pálida pintura del lienzo. Me parece que veo apuntar por detrás sus descarnadas mejillas de una blancura de yeso.

ADOLFO, golpeándose.

¡Basta, basta!

GUSTAVO

¡Y no se trata de una expresión exclusivamente personal! ¿Ha leído usted el periódico de esta mañana?

ADOLFO, estremeciéndose.

No.

GUSTAVO

Sobre la mesa lo tiene usted.

ADOLFO, tratando de coger el periódico, pero sin decidirse á tomarle.

¿Es muy severo?

GUSTAVO

¡Un mazazo! ¿Quiere usted que se lo lea?

ADOLFO

No, gracias.

GUSTAVO

Si usted quiere, me puedo retirar...

ADOLFO

¡No, no, no!—No sé lo que me pasa. Veo

que comienzo á odiar á usted, y sin embargo no puedo decidirme á dejarle marchar. Me ayuda usted á salir del agujero que había hecho en el hielo en que me sumergía; con placer, hago cuanto puedo por secundar sus esfuerzos, y cuando llego á la orilla... ¡paf! me sumerge usted de nuevo en el abismo glacial, asestándome un violento golpe en la cabeza. Mientras poseí mis secretos en mí pude sentirme con entrañas. En la actualidad estoy vacío. Se ve en cierto cuadro de un maestro italiano un santo cuyos intestinos son elevados en torno de un cabestrante. Tendido en tierra, el mártir contempla su suplicio. Se ve adelgazar á medida que el rodillo se espesa Así, tengo la sensación de que usted se ha hecho más fuerte arrancándome lo que yo sentía palpitar en mí y ahora se va usted á marchar llevándose los repliegues de mi ser, el corazón de mi corazón, no dejando tras sí más que un esqueleto vacío.

GUSTAVO

¡Qué imaginación! Su mujer de usted no tardará en volver, y en ella encontrará usted el «corazón de su corazón.»

ADOLFO

No, ya no. Usted lo ha aniquilado todo en mí. Detrás de usted todo ha caido hecho ceniza: ¡mi arte, mi amor, mis esperanzas, mi fe!

GUSTAVO

Todo eso estaba abrasado ya cuando yo llegara.

ADOLFO

Parcialmente, tal vez: Pero algo podía haberse salvado aún. Ahora, es demasiado tarde. ¡Incendiario! ¡Asesino!

GUSTAVO

Lo que hemos practicado es á lo sumo una roza. Sembremos en la ceniza y todo renacerá.

ADOLFO

¡Ah! ¡Le odio á usted! ¡le maldigo!

GUSTAVO

Lo cual es un buen síntoma. ¡Señal de que aún tiene usted fuerza! Y desearía que

ésta aumentase. ¿Quiere usted escucharme y obedecerme en todo?

ADOLFO

Haga usted lo que quiera No tengo más remedio que someterme.

GUSTAVO, levantándose.

Entonces, míreme usted. ¡De frente!

ADOLFO, mirándole á la cara.

¡Ah! Me mira usted con perturbadores ojos... que me llevan hacia usted.

GUSTAVO

Escúcheme ahora... con toda su atención.

ADOLFO

Si, pero hable usted sólo de usted. Que no se trate de mi persona. Yo no soy más que una llaga y no puedo sufrir que me toque.

GUSTAVO

¿Qué quiere usted que yo le diga de mí? Soy profesor en un colegio, viudo, viajo incidentalmente. Un punto. Y nada más.—Deme usted la mano.

ADOLFO

¡Qué fuerzas tan considerables debe usted ocultar en sí! Al coger su mano, paréceme haber puesto la mía sobre una pila eléctrica.

GUSTAVO

¡Y decir que yo fuí tan débil como usted! —¡Levántese.

ADOLFO, levantándose y cogiendo á Gustavo por el cuello.

Soy como un niño cuyos huesos no están formados, y mi seso se encuentra al descubierto.

GUSTAVO, con acento de mando.

Atraviese usted la habitación... ¡Vamos!

ADOLFO

¡No podría!

GUSTAVO

Ande usted, ó le pego.

ADOLFO, irguiéndose.

¿Qué dice usted?

GUSTAVO

¡He dicho que ande usted ó le pego!

ADOLFO, dando un salto atrás.

¡Usted!

GUSTAVO

¡Bravo! La sangre se le ha subido á la cabeza y ha recobrado usted su energía. Ahora, voy á galvanizarle á usted.—¿Dónde está su mujer?

ADOLFO

¿Que donde está mi mujer?

GUSTAVO

Sí.

ADOLFO

Ha ido á... á una asamblea general.

GUSTAVO

¿Está usted seguro de ello?

ADOLFO

Segurísimo.

GUSTAVO

¿Y por quién se ha celebrado esa asamblea?

ADOLFO

Por un asilo de huérfanos.

GUSTAVO

¿Se separaron ustedes como amigos?

ADOLFO, *vacilando.*

¿Como amigos?... No...

GUSTAVO

En ese caso, sería como enemigos. ¿Qué la dijo usted para ofenderla?

ADOLFO

Es usted horrible. Me da usted miedo... ¿Cómo puede usted saber...?

GUSTAVO

Con tres números dados, yo descubro qué cifra es mi X... ¿Qué le dijo usted?

ADOLFO

¡Ah!... sólo dos palabras, dos palabras te-

rribles, que quisiera no haber pronunciado... ¡Oh! sí, que quisiera no haber pronunciado...

GUSTAVO

Eso no tiene importancia.—Diga usted qué fué.

ADOLFO

La llamé... «vieja coqueta».

GUSTAVO

¿Y qué más?

ADOLFO

Nada más.

GUSTAVO

¿De veras? Tal vez lo haya usted olvidado, ó quizás no lo quiera usted recordar. ¡Se dejó resbalar todo aquello al cajoncito del olvido! Pues es necesario abrirle.

ADOLFO

No me acuerdo de nada.

GUSTAVO

Pero me acuerdo yo. Agregó usted lo si-

guiente, poco más ó menos: «No tienes vergüenza, si aún abrigas alguna pretensión. A tu edad ya no se encuentran adoradores».

ADOLFO

Posible es, efectivamente, que haya dicho eso. Pero, ¿cómo diablos lo sabe usted?

GUSTAVO

Cuando aquí venía oí referir esa historia en el vapor.

ADOLFO

¿A quién?

GUSTAVO

¡A ella!... Se la contaba á cuatro jóvenes, en compañía de los cuales se encontraba.— Es como los viejos, le gustan los adolescentes...

ADOLFO

No veo en eso nada de culpable...

GUSTAVO

En efecto... ¿Por qué lo ha de ser más que

jugar al hermano y la hermana cuando se es padre y madre?

ADOLFO

¿Según eso, usted ya la ha visto?

GUSTAVO

Ciertamente. Usted es quien no la ha *visto,* puesto que no la vió, puesto que no estaba usted presente entonces. Y justamente por esta razón un marido no logra nunca conocer á su esposa. Nunca la ve tal como es. ¿No tiene usted ahí un retrato de ella?—(Adolfo saca una fotografía de su cartera.—Mirándola).—¿Se hizo esta fotografía delante de usted?

ADOLFO

No.

GUSTAVO

Pues mire usted ahora. ¿Se parece realmente este retrato á los que usted ha hecho de ella? No. Las facciones se asemejan, mas la expresión de la fisonomía no es igual... Pero usted no se encuentra en disposición de juzgar acerca de este punto, porque reemplaza usted esa imagen por su imagen

interior.—Olvide usted por un instante el original y mire usted esta copia, pero mírela usted como pintor... ¿Qué ve usted? No es por el placer de decir una cosa contraria á la verdad, pero para mí eso representa una coqueta provocativa invitando á los juegos del amor. Fíjese usted en ese rasgo único que, ahí, en torno de la boca... ¿En alguna ocasión le vió usted?—¿Y esas miradas que buscan el hombre, otro hombre que no es usted? ¿Y ese vestido escotado, esas arrugas en que se ve el desorden, esa manga abierta?... ¿Me comprende usted?

ADOLFO

Sí... sí, veo todo eso.

GUSTAVO

Cuidado, joven

ADOLFO

¿Con qué?

GUSTAVO

Con su venganza. ¿No se acuerda usted de la herida que le hiciera en el corazón a pretender que ya nunca tendría adoradores?

¡Ah! si hubiese usted calificado sus obras literarias de vulgares, se hubiese echado á reir en sus narices, impulsada por la falta de gusto literario de usted... Pero ¡sobre ese punto! Créame usted, si aún no se ha vengado de esa acusación, no ha sido por falta de ganas.

ADOLFO

Me gustaría comprobar eso.

GUSTAVO

Infórmese usted.

ADOLFO

¡Que me informe!

GUSTAVO

Obsérvela. Le ayudaré á usted, por poco que me lo ruegue.

ADOLFO

Pues vamos á verlo. ¡Y me costaría la muerte!... Mas, por otra parte, un poco antes ó un poco después... ¡Bah! ¡qué importa!... ¡Hable usted!... ¿Qué hay que hacer?

GUSTAVO

Dispense usted... En primer lugar... ¿Tiene su esposa algún punto particularmente sensible?

ADOLFO

No... que yo sepa.

GUSTAVO

¡Hola! El barco acaba de llegar. Dentro de un minuto estará en este aposento.

ADOLFO

Entonces... voy á recibirla.

GUSTAVO

No. Permanecerá usted aquí, por el contrario. Y acójala usted mal.—Si tiene la conciencia pura, no dejará de armarle á usted una bonita escena y sus reproches, rectos como el granizo, caerán sobre los oídos de usted. Si es culpable, se precipitará para cubrirle de caricias.

ADOLFO

¿Está usted seguro de eso?

GUSTAVO

Nada se puede jurar, eso es muy cierto. Donde menos se piensa salta la liebre... Pero apostaría á que no me engaño. Esa es mi habitación. (Designando la de la derecha). Desde ella observaré mientras usted representa la comedia. Cuando haya usted acabado invertiremos los papeles. A mi vez, yo entraré en la jaula y haré trabajar á su serpiente de usted, que usted podrá observar por el ojo de la llave. Después de esto nos reuniremos en el jardín y cambiaremos nuestras pequeñas observaciones. Si veo que afloja usted, daré en el suelo dos golpes con una silla.

ADOLFO

De acuerdo. Pero de ningún modo se aleje usted. Necesito sentirle presente en ese aposento.

GUSTAVO

Esté usted tranquilo. Y ocurra lo que ocurra, no tenga miedo. Dentro de poco va usted á ver cómo diseco un alma humana poniendo las entrañas desnudas sobre la mesa. Esto ha de ser horrible para un novicio. Pero también es necesario verlo

una vez. No hay motivo ninguno para que ello pese más tarde. ¡Ah! ni una palabra sobre todo de nuestro conocimiento y de nuestras relaciones en su ausencia. Ni una palabra, ¿no es verdad? Pero ¡silencio! La oigo en su cuarto. Canta algo entre dientes..., luego está furiosa... Siéntese usted ahí... en esa silla... Así se verá obligada á ocupar el canapé y de ese modo podré mirarla cómodamente.

ADOLFO

Aún tenemos una hora antes de la comida.—No han llegado extranjeros... No ha sonado la campana.—Estaremos solos..., por desdicha.

GUSTAVO

¡Bueno!... ¡Ya le coge á usted la debilidad!

ADOLFO

No, no es nada.—Sí... me da miedo lo que va á suceder; y sin embargo no puedo impedir que suceda. La piedra gira, y no fué la última gota de agua quien la puso en movimiento, sino todas las gotas de agua, formando juntas una ola.

GUSTAVO

¡Eh! ¡déjela usted dar vueltas!... ¡De ellas depende el reposo!... ¡Hasta muy en breve!

(Sale).

ESCENA SEGUNDA

ADOLFO, solo un instante; luego TECLA

ADOLFO

(Permanece en pie un momento mirando la fotografía de Tecla, que tiene en la mano. Luego la desgarra y arroja los pedazos bajo la mesa. Entonces se sienta en la silla indicada por Gustavo, se arregla la corbata, se alisa los cabellos, se estira la levita, etc., etc.)

TECLA

(Entrando, va derecha á Adolfo y le abraza francamente; luego le dice con aire gracioso y jovial).

Buenos días, hermanito. ¿Cómo estás?

ADOLFO, medio vencido, reanimándose luego y bromeando.

¿Has hecho algo malo que vienes á abrazarme?

TECLA

Sí, algo horrible, que te quiero decir... He gastado todo mi dinero.

ADOLFO

¿Y eso qué importa, si te has divertido?

TECLA

Si, mucho. Pero á buen seguro que no en la reunión filantrópica. Ésta ha resultado aplastante valga la palabra. ¿Y mi gentil hermano? ¿Cómo lo ha pasado mientras su adorada paloma volaba lejos del hogar?

(Examina todos los rincones del salón, como si en él buscase á alguien ú olfatease algo.)

ADOLFO

Ha encontrado el tiempo larguísimo.

TECLA

¿Y no le ha hecho nadie compañía?

ADOLFO

¡Ni un alma!

TECLA, observando á Adolfo y sentándose en la *chaise longue.*

¿Quién ha estado sentado aquí?

ADOLFO

¿Ahí?... Nadie.

TECLA

¡Es curioso! La *chaise longue* está caliente y hay un hueco en el brazo, como si un codo se hubiese incrustado en él.—Un codo de mujer, ¿no es verdad?

ADOLFO

¿Hablamos seriamente?

TECLA

¡Ah! ¡Ah! ¡Se ha ruborizado! ¡se ha ruborizado!... ¡Mi hermanito quiere tal vez hacerme rabiar un poco! ¡Oh, qué malo! Venga usted al punto y confiésese á su mujercita. Muestre usted su pensamiento.

(Le atrae á sí. Él se deja caer á sus pies y permanece con la cabeza sobre las rodillas de Tecla.)

ADOLFO, sonriendo.

¿Sabes que eres un diablillo?

TECLA

No, no lo sé. No sé nada ó sé muy poco de mí misma.

ADOLFO

¿Nunca reflexionas acerca de tí propia?

TECLA, recelosa, observándole.

¿Yo? No pienso más que en mí... soy una egoista consumada.—Pero ¡qué filósofo y grave te has vuelto!

ADOLFO

Pon tu mano sobre mi frente.

TECLA, haciendo la niña.

Me parece que hay aqui dentro mariposas negras. Hace falta ahuyentarlas, ¿no es verdad? (Besándole en la frente.) A ver. Segura estoy de que ya te sentirás mejor.

ADOLFO

Sí, estoy mejor.

(Pausa)

TECLA

Ahora, mi hermanito va á decirme en qué se ha ocupado estos días. ¿Ha pintado algo?

ADOLFO

No, he renunciado á la pintura.

TECLA

¿Cómo?... ¿Que has renunciado á la pintura?

ADOLFO

¡Ah! ¿vas á reñirme?... ¡Qué quieres! Ya no podría pintar.

TECLA

¿Y qué vas á hacer entonces?

ADOLFO

Me consagraré á la escultura.

TECLA

Según eso, ¿estarás constantemente cambiando de ideas?

ADOLFO

Tal vez, pero no seas mala... y mira... ¡examíname un poco esa figura!

TECLA, desvelando la figura de cera.

¡Ah!—(Traviesa.) ¿Quién es... ella?...

ADOLFO

Adivínalo.

TECLA, tiernamente.

Podría ser una mujercita... ¿No te da vergüenza?...

ADOLFO

¿Hay algún parecido?

TECLA, maliciosamente.

¿Cómo lo voy á saber? El rostro no está hecho.

ADOLFO

Sin embargo, cuando hay tantas otras cosas indicadas... tantas bellezas...

TECLA, acariciándole á golpecitos la mejilla y tapándole la boca.

¿Quiere usted cerrar esa boca en seguida? Si no... le daré un beso en ella.

ADOLFO, defendiéndose.

¡No, eso no! ¡Si alguien entrase!...

TECLA

¡Qué! ¡Vaya una ocurrencia! ¿Acaso no hay ya derecho á abrazar á su marido? ¿Por ventura no es ese mi simple derecho, mi derecho legal?

ADOLFO

Conformes. Pero lo que tú no sabes es que las gentes de la fonda no nos creen casados porque nos abrazamos con demasiada frecuencia en público; y como en nuestro cuarto nos disputamos á veces, esto les confirma en su creencia, porque todos los amantes obran de ese modo.

TECLA

¿Y qué necesidad tenemos de disputarnos más? ¿No puede mi hermanito ser siempre

amable como ahora? Dí, ¿no quieres ser bueno?... ¿No quieres que seamos felices?

ADOLFO

Sí, lo quiero... Mas...

TECLA

¿Qué?... ¿Qué hay, hermanito?... ¿Y quién te ha metido en la cabeza que ya no podrías pintar?

ADOLFO

¿Quién? ¿Siempre has de buscar otra persona tras de mi personalidad ó de mis ideas? ¿Tienes celos?

TECLA

¡Sí, tengo celos!... Tiemblo porque alguien llegue cualquier día y te me arrebate.

ADOLFO

¿Por qué ese temor, si sabes que no puedo soportar otra mujer á mi lado, si sabes que sin tí yo no podría vivir?

TECLA

Es que no es una mujer quien me da mie-

do..., sino tus amigos..., sí, tus amigos, que deforman tus ideas.

ADOLFO, examinándola.

¡Cómo! ¿Tiemblas?... ¿Por qué tiemblas? ¡Dímelo!

TECLA, levantándose.

Alguien ha estado aquí... ¿Quién ha sido?

ADOLFO, por un gesto de Tecla.

¿No quieres ya que te mire?

TECLA

No, así no. No es así como me miras de ordinario.

ADOLFO

¿Pues cómo te miro?

TECLA

Tratas de ver en mí.

ADOLFO

En tí, si... ¡En tu alma! Quiero saber lo que hay dentro de ella!

TECLA

Mira entonces como quieras, cuanto quieras; no tengo nada que ocultar.—Pero aquí hay algo. Tú has cambiado de modo de hablar. Tus expresiones no son las de antes. (Con mirada escrutadora.) ¿Haces ahora filosofía? (Avanzando directamente hacia él.) Díme, ¿quién ha estado aquí hace poco?

ADOLFO

Mi médico.

TECLA

¿Tu médico?... ¿Quién es?

ADOLFO

Es el médico de Stromstadt.

TECLA

¿Cómo se llama?

ADOLFO

Sjöberg.

TECLA

¿Qué te ha dicho?

ADOLFO

Muchas cosas... Entre otras que estaba á punto de tener crisis de epilepsia.

TECLA

¡Entre otras cosas!... ¿Que más te ha dicho?

ADOLFO

Algo muy enojoso.

TECLA

Díme qué.

ADOLFO

Nos prohibe hasta nueva orden toda relación conyugal.

TECLA

Eso es... ¡He ahí precisamente lo que yo me temía!... Se trabaja todo lo posible por separarnos... ¡Ah! ¡no hago hoy por vez primera esta observación!

ADOLFO

¡Mientes! No has podido observar lo que no existió nunca.

TECLA

¿Eso dices?

ADOLFO

No, no has podido ver lo que no existía. El miedo es quien pone en movimiento tu imaginación y turba tu vista. ¿Quieres que te diga una cosa?... ¡Tu solo temor era que yo me sirviese un día de los ojos de otro para verte tal como te me apareces!

TECLA

Dale gusto á tu fantasía, mi querido Adolfo.--La horrible bestia oculta en el alma humana es quien te impulsa á desvariar.

ADOLFO

¡Divinamente! ¿De dónde te viene, dimelo, te lo suplico, ese pensamiento?... Te lo habrán comunicado sin duda alguna los jóvenes que te rodeaban en el vapor... ¿No es verdad?

TECLA, sin perder nada de su calma.

Justamente. Lo que prueba que aun de la juventud se puede aprender algo.

ADOLFO

Parece te dispones á amar la juventud.

TECLA

¡Que me dispongo á amar!... ¡La he amado siempre, puesto que te he amado á tí! ¿Por ventura te parecería esto un crimen?

ADOLFO

No... mientras yo sea el más querido, el único amado

TECLA, cariñosa, traviesamente.

Pero, hermanito, eso es imposible, puesto que mi corazón es demasiado vasto para uno solo; puesto que, como sabes muy bien, está hecho para muchos.

ADOLFO

Peor para él. En lo sucesivo, el hermanito no quiere tener hermanos.

TECLA

¡Ah!... Pero en cambio quiere venir aquí para que su mujercita le tire de las orejas,

porque el hermanito tiene celos, y eso merece un castigo.

(En este momento se oyen dos golpes dados con una silla en el suelo de gabinete contiguo.)

ADOLFO

¡No!... Basta de juego. ¿Quieres? Tengo que hablarte... con seriedad.

TECLA, siempre haciendose la niña.

¡Santo Dios! ¡Ahora quieres hablar «seriamente»!... La verdad es que se ha tornado todo un hombre. (Cogiéndole la cabeza y abrazándole.) A ver, pronto, una risita.. Rie, animalucho... Rie á tu «chachita».

ADOLFO, riendo contra su voluntad.

¡Eres en verdad una hechicera! ¡Creo francamente que dispones de un poder mágico!

TECLA

Entonces, ¿por qué te revelas contra quien tan bien sabe castigar?

ADOLFO, volviendo á sentarse.

¡Tecla!... Ponte de perfil por un momento. Voy á dar tu rostro á esta figura.

TECLA

Con mucho gusto.

(Se coloca de perfil).

ADOLFO, clavando en ella la mirada y fingiendo modelar

No pienses en mi... ¡Piensa en otro!

TECLA

¡En mi última conquista!

ADOLFO

Si, en ese joven casto.

TECLA

¡En él!... Muy bien.—Tenia un pequeño bigote muy fino. Sus mejillas parecian dos melocotones de vello rosa, tan transparentes y frescas que daban ganas de morder.

ADOLFO, muy sombrío.

Conserva ese rasgo de junto á la boca.

TECLA

¿Qué rasgo?

ADOLFO

Ese rasgo desvergonzado, cínico, que yo no te conocí.

TECLA, con un gesto.

¿Este?

ADOLFO

Ese, sí.—¿Sabes cómo Bret-Harte representa el adulterio?

TECLA, riendo.

No, no tengo el honor de conocer al caballero ese.

ADOLFO

Como una mujer pálida que nunca se ruboriza.

TECLA

¡Oh! ¡Nunca!—¡Vaya, hombre! Al ver á su amante, se ha de ruborizar... Sólo que ni el marido ni el señor Bret se encuentran allí entonces para verlo.

ADOLFO

¿Estás segura de lo que dices?

TECLA, como antes.

Segurisima.—Y si el marido mismo no sabe hacer que la sangre suba á la cabeza de

su mujer... ¡Peor para él, por que se priva en tal caso de un espectáculo encantador!

ADOLFO, exasperado.

¡Tecla!

TECLA

¡Loquillo!

ADOLFO

¡Tecla!

TECLA

Que me llame solamente la adorada de su corazón, y veremos si me pongo ó no encarnada como la fresa... Vaya, ¡hazlo!

ADOLFO, desarmado.

¡Tan furioso estoy á tu lado que quisiera morderte, monstruo!

TECLA coqueteando.

Pues anda, muerde... ¡Vamos!
(Le tiende los brazos)

ADOLFO, abrazándola apasionadamente.

¡Y morderte... hasta dejarte cadáver!

TECLA, bromeando.

¡Cuidado!... Alguien se acerca!

ADOLFO

¿Y qué se me importa á mi de la gente? Fuera de tí, nada más me da cuidado.

TECLA

¡Y si yo te faltase... un día!

ADOLFO

Entonces, dejaría de existir.

TECLA, irónica.

Mas esto no es de temer. ¿Qué peligro puede haber con una vieja coqueta como yo, que ya no puede encontrar adoradores?

ADOLFO

¡Tecla, Tecla!... ¿No has olvidado mis palabras insensatas?... Y sabes de sobra que las retiro.

TECLA

Pero, en fin, ¿podrías explicarme cómo eres á la vez tan confiado y tan celoso?

ADOLFO

¡Explicártelo!... ¡No, no te lo puedo explicar! ¡Tal vez sea que me acomete el recuerdo de la pasión que experimentabas por tu primer marido! En ocasiones me imagíno nuestro amor como un lindo poema, como una defensa legítima, como una pasión transformada en un asunto de honor que debemos llevar á buen fin, sin desfallecer, por que nada me atormentaria tanto como el saber que *él* conoce mi desgracia. ¡Ah! nunca le ví, pero la sola idea de que hay un hombre que cansa con sus súplicas al cielo, deseando mi desgracia, y que de día en día reclama mi desastre, pidiendo para mí todas las calamidades; la sola idea de que se echaría á reir contemplando mi vida en ruinas, me oprime con fuerza el pecho, me persigue como una pesadilla y me empuja hacia tí, aterrado, paralizado.

TECLA

¿Crees que pienso en darle esa satisfacción, en realizar su profecía?

ADOLFO

No, no quiero suponerlo.

TECLA

Entonces, ¿por qué no has de estar tranquila?

ADOLFO

¿Me esposible acaso?... Con tu coqueteria, que me turba sin cesar... ¿Tan necesario te es jugar siempre así?

TECLA

No se trata de un juego; tengo la debilidad de querer agradar á todo el mundo.

ADOCFO

Sí... ¡pero sólo á los hombres!

TECLA

Naturalmente. No sé de ninguna mujerque haya encontrado el medio de agradar á las otras mujeres.

ADOLFO

Dí... ¿Cuánto tiempo hace que no tienes noticias... de él?

TECLA

Seis meses.

ADOLFO

¿No piensas en él nunca?

TECLA

Nunca. Nuestras relaciones quedaron rotas, por otra parte, al morir nuestro hijo.

ADOLFO

¿Y nunca le encontraste por esos mundos?

TECLA

No. Aun cuando ha de estar instalado en algún punto de la costa... Pero ¿por qué te preocupa eso en este instante?

ADOLFO

No sé. Mas, estos días, encontrándome solo, no he podido por menos de pensar en sus sufrimientos cuando le abandonaste.

TECLA

¡Ah, vamos! ¿Tienes remordimientos?

ADOLFO

Sí.

TECLA

¿Te haces á tí mismo el efecto de un ladrón?

ADOLFO

Casi, casi.

TECLA

¡Qué gracia me haces! ¡Se roba una mujer como se roban niños... ó efectos!—Y me miras cual si yo formara parte de esos moviliarios. ¡Magnífico! Mil gracias.

ADOLFO

Nada de eso. Te miro como su mujer. Y es esto algo más que una propiedad. Es cosa que no puede restutuírse.

TECLA

¡Vamos! Si llegases á saber que él se había vuelto á casar, tus remordimientos se desvanecerian. Por otra parte, ¿no le has reemplazado para mí?

ADOLFO

¿De veras le he reemplazado? Pero ¿llegaste á amar á ese hombre?

TECLA

Le he amado, sí... le he amado libremente.

ADOLFO

¡Y luego le abandonaste!...

TECLA

Estaba cansada de él,.. obsesionada.

ADOLFO

Y pienso que el día que estés cansada de mí... me abandonarás de igual manera.

TECLA

No ocurrirá eso. ¡No!

ADOLFO

Que surja otro, provisto de todas las cualidades que tú quieres encontrar en un hombre —puede presentarse el caso —¡y me abandonarás!

TECLA

No.

ADOLFO

Supón que te seduce hasta el punto de

no poder sustraerte á él; renunciarás á mí.

TECLA

No, no lo haría.

ADOLFO

¡Sin embargo, no podrías amar á dos hombres á la vez!

TECLA

¿Por qué?

ADOLFO

No me lo explico.

TECLA

Una cosa no es imposible sencillamente porque no te la expliques.—Los hombres no están todos hechos de igual modo.

ADOLFO

¡Ah! Comienzo ahora á comprender.

TECLA

¿No en verdad?

ADOLFO

No en verdad.

(Pausa, durante la cual Adolfo parece buscar con alguna dificultad algo de que no quiere acordarse.)

ADOLFO

¡Tecla! ¿Sabes que tu franqueza empieza á inquietarme?

TECLA

¿La franqueza? ¿No era en otro tiempo la suprema virtud que tú tanto ensalzabas, què me enseñaste á practicar?...

ADOLFO

Si, pero me parece ahora que te ayuda á disimular algo.

TECLA

He ahí la nueva táctica, querida.

ADOLFO

No sé en qué consiste, pero el caso es que siento aquí un malestar que se me hace intolerable. ¿Quieres que emprendamos un viaje esta tarde misma?

TECLA

¿Qué nuevo capricho es ese? Acabo de llegar, y no tengo ningún deseo de ponerme otra vez en camino.

ADOLFO

¿Y si yo lo quisiera?

TECLA

Haz lo que se te antoje.—Vete tú solo.

ADOLFO

No. Te mando que me acompañes, que partas conmigo por la primera embarcación.

TECLA

¿Qué significa eso de: «Te ordeno»?

ADOLFO

¿Olvidas que eres mi mujer?

TECLA

¿Olvidas que eres mi marido?

ADOLFO

¡Hay de lo uno á lo otro una enorme diferencia!

TECLA

¿Cuál?

ADOLFO

La misma que entre mandar y obedecer.

TECLA

¡Ah! ¡Ah!—Menester es que nunca hayas amado para hablar de ese modo.

ADOLFO

¿De veras?

TECLA

Sí. Porque «amar» significa «dar».

ADOLFO

En efecto. Amar, para el hombre, quiere decir «dar», mas para la mujer significa «tomar».—¡Y yo dí, dí, dí!

TECLA

¡Oh, eso...! ¿Qué es lo que tu me has dado?

ADOLFO

¡Todo!

TECLA

Es mucho, en verdad.—Pero, supongamos que así sea y que yo lo haya recibido «todo». ¿Pretendes traerme ahora la cuenta de tus presentes? ¿Y el hecho de haber recibido no quiere decir que te amaba? ¡Sólo de su amante una mujer acepta regalos!

ADOLFO

¿De su amante? Has dicho la palabra justa. Tú me considerabas como amante, no como esposo.

TECLA

Lo cual era mil veces más agradable para tí que ser una caperuza. Pero, si no estás satisfecho con tu suerte, amigo mío, puedes por mí dejar de ser lo que fueras. ¡Vete! —No quiero tener marido.

ADOLFO

Yo lo he notado. Y, en estos últimos tiempos, cuando observaba que con ardides de ladrona tratabas de alejarte de mí para ir á

brillar en círculos particulares, adornada con mis plumas, entonces, aventuré una palabra relativa á tu deuda, á tu deuda apremiante. ¡Heme ya en la piel del acreedor indiscreto á quien se envía al diablo y hete ahí embrollando las cuentas! A fin de no engrosar mi crédito, renuncias á tomar nada más de mi caja; sales fuera á buscar lo que necesitas. Me convierto en el *Marido* á pesar suyo y me agobias con tu odio! ¡Cuidado! ¡Ahora seré tu marido, quiéraslo ó no lo quieras, puesto que está dicho que no puedo ser tu amante.

TECLA, medio riendo.

Pero no dices más que absurdos, pequeño.

ADOLFO

Vé con cuidado. Es peligroso tratar á todo el mundo de idiota y creerse la única persona inteligente.

TECLA

Sin embargo, eso es lo que poco más ó menos hacemos todos.

ADOLFO

Por otra parte, me asalta la idea de que

tal vez tu primer marido no fuera tan «idiota» como tú te complaces en decirlo.

TECLA

¡Dios me perdone! Creeríase en verdad que sientes afecto por el.

ADOLFO

No lo veo imposible.

TECLA

¡Muy bien!—¿Te gustaría, pues, conocer a ese hombre y verter en su corazón de confidente el sobrante de tu corazón? ¡Qué delicioso cuadro! Pues sabe que yo también siento de nuevo que me atrae, porque estoy cansada de ser una buena muchacha. Era aquél un hombre, un verdadero hombre, cuya mayor culpa fué tal vez haber sido el mío.

ADOLFO

¡Bueno! ¡Bueno! Es inútil hablar de ese modo. Podríamos ser oídos.

TECLA

¡Y vaya una desgracia que habría en ello!

ADOLFO, dirigiendo una ojeada á la puerta de la derecha.

¿De manera que ahora enloqueces igualmente por los hombres maduros y por los jóvenes?

TECLA

¡Ya lo ves!—¡Mi entusiasmo no tiene límites! Y mi corazón se apasiona por todo lo que respira, grande ó pequeño, feo ó hermoso, nuevo ó viejo. ¡Adoro al mundo entero!

ADOLFO

¿Sabes lo que eso presagia?

TECLA

No, no se nada; sólo siento. Amo.

ADOLFO

Eso presagia el fin de tus bellos días.

TECLA

¿Vuelves á la carga? ¡Cuidado!

ADOLFO

Yo también te lo digo. ¡Cuidado!

TECLA

¿Con qué?

ADOLFO

Con esto.

(Le enseña un cuchillo.)

TECLA, sin dejar de sonreir.

¡Oh! Mi hermanito no jugará con objetos tan peligrosos.

ADOLFO

No juego ya. ¡Se acabaron las niñerías!

TECLA

Según eso, ¿la cosa es seria... bien seria? Entonces, yo te haré ver algo que te asuste. Mejor dicho, no... Nada verás con tus ojos, no sabrás nada. El mundo entero tendrá la certeza de que así es. Tú serás el único que permanezca en la ignorancia. Pero tendrás sospechas, vislumbres de la cosa, y no te será ya concedida ni una hora de descanso. Tendrás el presentimiento de que eres ridículo, de que se te engaña, mas nunca llegarán á tus manos las pruebas de ello. Date por avisado.

ADOLFO

¿Me odias?

TECLA

No, no te odio, y creo que, aun cuando quisiera, no podría odiarte. Porque no eres más que una criatura.

ADOLFO

¡Ahora, tal vez!—Pero acuérdate de los malos días en que la tempestad rugía espantosamente sobre nuestras cabezas. Entonces tú permanecías tumbada como un niño de teta, haciendo oir vagidos, sobre tu almohada. Yo te sentaba en mis rodillas, te mecía y te abrazaba, besándote largamente en tus párpados cerrados hasta que el sueño adormecía tus temores. ¡Yo era la... niñera en aquellos tiempos penosos! Y te vigilaba á fin de que no fueses por las calles sin nada en la cabeza. Hacía los recados. Llevaba tus botas al zapatero. Iba á la compra. Echaba, al pasar, mi ojeada á la cocina. Horas enteras permanecía sentado junto á tí, oprimiendo tu mano, porque tú tenías miedo de todo y de todos, abandonada por tus antiguos amigos. Verdad es que la opinión pú-

blica nos reprobaba en esta época, que se murmuraba á nuestra costa... Yo reanimaba tu valor abatido, argumentando hasta el punto de que la lengua se me pegaba al paladar y mi cerebro sobrecargado parecía pronto á abrirse. Debí tenerme por más fuerte de lo que era, obligarme á creer en el porvenir más risueño, y logré asi volverte á la vida cuando parecías cadáver... Y tú me encontrabas bello, sublime, ¿no es verdad?... Yo era el Hombre, no el musculoso que habías abandonado, el atleta, sino el que tiene la fuerza de alma, el bondadoso magnetizador que introducía y hacía correr á lo largo de tus músculos el sobrante de su fluido y cargaba con su electricidad reconfortante tu cerebro reblandecido. Te levantaba.—Gracias á mí conociste amigos nuevos. Formé en derredor de tí una especie de pequeña corte y, estimulando las amistades, me las compuse tan bien que se te admiró. Por último, ¡te llamaba dueña de mí corazón y de mi casa!...—Un día, rosada, de color azul celeste sobre un dorado fondo, te apareces en mis pinturas embellecidas. Y en todos los salones luego, tienes lugar envidiado en el cimacio. Alternativamente representas Santa Cecilia, María Estuardo ó bien Car-

lota Corday, ¡qué sé yo! y agrupo en haz en torno de tu persona los intereses dispersos. Hago venir á tí la muchedumbre recalcitrante; la obligo á que te mire con mis ojos, todo llenos de tí, y las simpatías contrarias á tí vuelven.—Puedes entonces, y sola, reanudar tu marcha hacia adelante. Tú andas y yo vacilo, agotado, porque mi energia huyó. Era el esfuerzo demasiado grande, demasiado sostenido. ¡Te levanté, pero caí!... Contraje una enfermedad, más malaventurada que en cualquiera otra ocasión, puesto que me aniquilaba en el momento en que la vida comenzaba á sonreirte.—Esto te estorbó en tu evolución.—Llevando mi recuerdo lo más lejos posible, me pareces inclinada, en tus secretos pensamientos, á alejar de tí al acreedor, á separarte del testigo de tantas horas penosas. Tu amor reviste este carácter señorial; y á falta de cosa mejor, acepto el papel de «hermanito.» Tu ternura es evidente aún, tal vez vaya en aumento, pero es otra. Un matíz de piedad se descubre en ella; luego un poco de desestimación que pronto te incita al desprecio cuando mi talento declina... y tu sol sale.—Sin embargo, pasa algún tiempo y la fuerza en que tu vivías parece agotada sin duda,

puesto que tu ambición no quiere ya más de lo que á mí me pertenece. Uno y otro estamos entonces bien perdidos. Necesitas alguien de quien prendarte, porque no tienes bastante fuerza de conciencia para acusarte á tí misma de tu ruina. Buscas un macho cabrío emisario. Está ahí, muy cerca: «¡Llevadle al matadero; degolladle!» gritas. Pero al herirme te has herido á tí misma, porque la vida en común había hecho de nosotros dos jemelos. Ó, mejor aún, tú eras un retoño de mi arbolillo. Arrancado antes de haber agarrado al suelo tus raíces, mueres...; y la rama madre muere también, á causa de esa operación violenta y en extremo precipitada.

TECLA

Según eso.... ¿pretendes haber sido tú quien ha escrito mis libros?

ADOLFO

No; tú eres quien haces que lo diga para darme luego un mentís.— No me he expresado tan groseramente, tan á tu manera, y si he hablado durante cinco minutos, ha sido precisamente por hacer valer todos los matices, todos los semitonos y todas las transi-

ciones. ¡Pero en tu vihuela no hay más que un tono!

TECLA

Sí, sí... comprendido...¡perfectamente! ¡La conclusión de todo eso es que tú has escrito mis libros!

ADOLFO

¡No hay aquí conclusión! Tú no puedes tener la pretensión de resolver un acorde en un solo tono, de reducir una vida tan dispersa á una fracción única. No he dicho yo nada tan grosero. ¡No he declarado haber hecho tus libros!

TECLA

¿Ni siquiera lo has pensado?...

ADOLFO, fuera de sí.

¡No, no lo he pensado!

TECLA

Pero, en total...

ADOLFO

No hay total, puesto que nada hemos su-

mado. Cuando se dividen números que no son pares resulta un cociente, una fracción decimal indefinida..., hablando el lenguaje tuyo. No he hecho una adición.

TECLA

Muy bien; pero me parece que yo soy libre de totalizar.

ADOLFO

Puedes obrar como gustes... Por mi parte no lo he hecho.

TECLA

Pero lo querias hacer.

ADOLFO, rendido, cerrando los ojos.

No, no, no... ¡Y no me hables! Tendría convulsiones. ¡Calla! ¡Vete! Me desgarras el cerebro con tus pinzas brutales, laceras con tus uñas el tejido de mis ideas...

(Queda sin conocimiento, el mirar extraviado, moviendo los pulgares.)

TECLA, tiernamente.

¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

(Adolfo la rechaza).

¡Adolfo!

ADOLFO, moviendo la cabeza.

Sí.

TECLA

¿Ves cómo no llevabas la razón?

ADOLFO

Sí, sí, sí, sí, lo veo.

TECLA

¿Y no me pides que te perdone?

ADOLFO

Sí, sí, sí, sí, perdón... ¡Déjame!

TECLA

Bésame la mano.

ADOLFO

Te beso la mano... pero ni una palabra más, ¿eh?

TECLA

Y ahora, es necesario salir un poco para tomar el aire antes de comer.

ADOLFO

Sí...; y en cuanto hayamos comido nos marcharemos de aquí.

TECLA

¡Oh! no.

ADOLFO, en pie.

¿Por qué?... Supongo que habrá un motivo para ello.

TECLA

Efectivamente... Por otra parte, ya te lo he dicho. He prometido asistir esta noche á una velada.

ADOLFO

¿Hablas seriamente?

TECLA

Muy seriamente. He dado mi palabra.

ADOLFO

¿Tu palabra?... Habrás prometido ir...; puedes volverte atrás.

TECLA

Dispensa, querido, me tomarías por tí. Mi palabra es sagrada.

ADOLFO

Sin que una palabra deje de ser sagrada, podemos encontrarnos en la imposibilidad de cumplir todo lo que prometiéramos en una conversación. ¿Alguien te ha obligado á dar tu palabra?

TECLA

Sí.

ADOLFO

Entonces, podrías rogar á esa persona que te devolviese tu libertad, por hallarse tu esposo enfermo.

TECLA

No. Se trata para mí de un gran placer... Y no estás, después de todo, tan enfermo que te sea imposible acompañarme.

ADOLFO

¿Es que te sientes más tranquila cuando estoy á tu lado?

TECLA

No te comprendo.

ADOLFO

Es tu respuesta habitual cuando me ocurre decir ante tí algo que no te gusta oirme.

TECLA

¡Ah! ¡Ah!—¿Y qué es lo que yo no gusto de oirte?

ADOLFO

¡Nada! ¡Nada! ¡Por Dios no empezemos otra vez!—Hasta muy en breve... ¡Vuelvo en seguida! Piensa bien lo que hayas de resolver.

(Sale por la puerta del fondo y se dirige hacia la derecha).

ESCENA TERCERA

TECLA, sola un instante; luego GUSTAVO

(Éste entra tranquilamente, va hacia la mesa, sin mirar á Tecla, y toma un periódico)

TECLA. Hace un movimiento; luego, dueña de sí.

¿Tú?... ¿Eres tú?...

GUSTAVO, con sentimiento.

Yo mismo...—¡Pero, perdón!...

TECLA

¿Por donde has venido?

GUSTAVO

Por tierra... Pero me retiro, ya que mi presencia...

TECLA

Quédate..., ¡te lo ruego!— ¡Cuánto tiempo sin verte!

GUSTAVO

¡Cuánto tiempo, sí!

TECLA

¡Y cómo has cambiado!

GUSTAVO

Tú, no...; siempre encantadora. Más bella aún y más joven que antes... Pero... no quisiera ensombrecer lo más mínimo tu dicha. Estoy aquí demás, y puedes creer que si hubiera sabido que había de encontrarte...

TECLA

No... quédate... quédate... yo te lo suplico... A no ser que te cueste mucho... Un momento, ¿quieres?

GUSTAVO

Por mi parte, no hay inconveniente... pero pensaba... que permaneciendo aquí... hablándote... podría tal vez herir sentimientos...

TECLA

Tú no puedes herirme. Siempre te consideré delicado y fino.

GUSTAVO

Eres muy amable. Pero ¿quién sabe si...

tu marido tendría para conmigo indulgencia tal?

TECLA

¿Él?... Él ha dado pruebas no hace mucho de una completa simpatía respecto á tí.

GUSTAVO

¡Ah! —Es verdad que todo se borra en nosotros como los nombres que grabamos en la corteza de los árboles, y el odio mismo carece de fuerza para arraigar en nuestros corazones.

TECLA

Nunca sintió odio por tí. ¡Puede decirse que ni aun te conoce! Por lo que á mí hace, en la tranquilidad de mis pensamientos, algunas veces tuve un sueño... Veros á los dos reunidos un instante, hablando como amigos, estrechándoos las manos en mi presencia sin recordar absolutamente nada.

GUSTAVO

También yo tuve á menudo el secreto deseo de asegurarme por mí mismo de que la mujer por mí en otro tiempo amada más que mi vida, era una esposa felíz. En realidad,

nunca oí decir de él más que cosas excelentes y conozco todas sus obras. Sin embargo, tenía prisa por encontrarme en frente de ese hombre á quien la casualidad propusiera para ser el guardián de mi tesoro; tenía prisa por estrechar su mano. Así es que quisiera extinguir el odio involuntario que debe arder en su corazón y recobrar de tal modo la calma y la tranquilidad de conciencia que me ayudarán á acabar con el triste resto de mis días.

TECLA

Esas palabras me han llegado al alma; me has comprendido.—¡Gracias!

(Le tiende la mano).

GUSTAVO

¡Infeliz de mí! ¿Qué soy yo? Un hombre ordinario, en extremo insignificante para arrogarme el derecho de imponerte que vivas á mi sombra. Mi monotona vida, el trabajo de esclavo á que me veo condenado, el estrecho círculo en que me muevo, no estaban hechos para un alma superior como la tuya. ¡Lo sé!... Pero tú debes comprender—tú, que penetrar sabes en los arcanos de la naturaleza humana—qué adorada victoria

debe costarme el hacerme á mí mismo tal confesión.

TECLA

Es noble y grande reconocer así abiertamente sus debilidades. Y esto no puede hacerlo todo el mundo.—(Suspira). Siempre fuiste una naturaleza fiel, honrada y llena de desinterés;—¡puede estimársela en su valor! —Mas...

GUSTAVO

¡Oh!, no era esa naturaleza en otro tiempo, no... pero los dolores y las penas nos purifican, el sufrimiento nos ennoblece... Y he sufrido.

TECLA

¡Mi pobre Gustavo! — ¿Puedes perdonarme? ¿Puedes?... ¡Dí!...

GUSTAVO

¿Perdonarte?.. ¿Qué?... ¿No soy yo quien he de pedirte á tí perdón?

TECLA, cambiando de tono.

Hasta creo que los dos lloramos... ¡Somos tan viejos!

GUSTAVO, cambiando también de tono, progresivamente.

¡Viejo! Sí, lo soy yo... Pero tú cada vez pareces más joven...

(Insensiblemente se va acercando y llega á sentarse en la silla; Tecla toma asiento en el canapé),

TECLA

¿De veras?

CUSTAVO

¡Y qué bien sabes vestirte!

TECLA

Pues tú fuiste quien me enseñó á vestir. ¿No recuerdas cómo descubriste los colores que me sentaban bien?

GUSTAVO

No.

TECLA

¡Sí, hombre! Vamos á ver, haz memoria... ¿Qué dices? Aún me acuerdo de los días en que me reñías porque se me había olvidado ponerme mi vestido color malva.

GUSTAVO, tiernamente.

En primer lugar, yo nunca te he reñido.

TECLA

¡Es un decir! ¿Y cuando me enseñabas á reflexionar, á pensar?... ¿No te acuerdas? Sin embargo, no fué fácil la cosa.

GUSTAVO

¡Yo enseñarte á pensar! ¡A tí, filósofo tan sutil, en tus escritos al menos!

TECLA, desagradablemente impresionada, precipitando el diálogo á fin de cambiar la conversación.

En fin, querido Gustavo, es para mí una alegría el volverte á ver y sobre todo el tener contigo tan apacibles relaciones.

GUSTAVO

¡Oh! yo nunca fuí turbulento...; lo sabes de sobra, por otra parte... La vida transcurría en mí bien tranquila.

TECLA

Demasiado tranquila.

GUSTAVO

¡Ah! —Pero, mira, es que se me había puesto en la cabeza que tú deseabas otro género de existencia. ¿No me habías dado á entender antes de nuestro matrimonio que...?

TECLA

Antes... sí. ¿Puede saberse...? Yo sólo tenía las ideas que me había inculcado mi madre.

GUSTAVO

¡Y ahora, debes estar *in dulce júbilo!* La vida de artista es una vida brillante, y tu marido no parece un aletargado.

TECLA

No es ahí tampoco donde se puede encontrar toda la dicha.

GUSTAVO, cambiando bruscamente de tono.

¡Toma! ¡Aún llevas mis pendientes!

TECLA, con embarazo.

Si... ¿Por qué no los había de llevar? Nunca fuimos enemigos. Por otra parte, me

gusta mucho llevarlos, como un recuerdo, como una señal de nuestra amistad persistente... ¿No sabes que ya no se hacen alhajas de este género?

(Se quita uno de los pendientes)

GUSTAVO

Son bonitos y buenos... Pero... ¿qué dice á eso tu marido?

TECLA

No le he pedido su parecer.

GUSTAVO

¿No le has consultado?... Pues estás dañando su dicha .. Eso puede bastar para ponerle en ridículo.

TECLA, vivamente, como para sí.

Como si no lo estuviera de antes.

GUSTAVO, observando que hace grandes esfuerzos por cerrar el pendiente.

Deja..., veré si yo... ¿Lo permites?

TECLA

Si quieres ser tan bueno...

GUSTAVO, pellizcándole el lóbulo de la oreja.

¡Oh linda orejilla sonrosada!.. ¿Qué ocurriría... ¿eh? si tu marido nos viese?

TECLA

Tendríamos una escena... lágrimas...

GUSTAVO

¿Es celoso?

TECLA

¿Que si es celoso? ¡Vaya una pregunta!

(Ruido del lado de la puerta de la derecha).

GUSTAVO

¿Quién se alberga ahí?

TECLA

No sé.—Pero cuéntame como te va, qué es de tí...

GUSTAVO

Y tú, cuéntame qué haces...

TECLA, embarazada, desvela maquinalmente la figura de cera que hay sobre la mesa.

GUSTAVO

¿Qué es eso?... ¡Cómo!.. ¡Esto es sorprendente! ¡Eres tú!

TECLA

No lo creo.

GUSTAVO

Caramba, bien lo parece.

TECLA, *cínica.*

¿De veras?

GUSTAVO

Esto me recuerda el anécdota de los soldados que se bañaban y la famosa pregunta: «¿Cómo Vuestra Majestad puede saber que son soldados?» Estaban desnudos.

TECLA, *echándose á reir.*

¡Qué tonto eres!...—¿Es eso todo lo que tienes que decirme? ¿No sabes más historias picarescas?

GUSTAVO

No. Pero tú debes conocer otras.

TECLA

Nunca oigo nada de risible.

GUSTAVO

¿Es reservado?

TECLA

¿En palabras? Sí.

GUSTAVO

¿Y... en acciones?

TECLA

¡Está siempre tan malo!...

GUSTAVO

¡Pobre niña!... ¿Qué necesidad tenía ese hombre de meter el hocico en cazuela ajena?

TECLA, riendo á carcajadas.

¿Estás loco?... ¡Calla!

GUSTAVO

Dí... ¿No recuerdas que de recién casados ocupábamos este mismo aposento? ¿Eh? ¡Y de qué modo tan distinto estaba amueblado

en aquella época! Ahí, estaba el bufete, y allá la cama, la vasta cama...

TECLA, imponiéndole silencio suavemente.

¡A ver!...

GUSTAVO

¡Mírame bien á los ojos!

TECLA

Si eso te puede ser agradable...

(Míranse un momento á lo blanco de los ojos).

GUSTAVO

¿Crees que se puede olvidar nunca lo que hiciera una impresión fuerte en nuestra alma?

TECLA

¡No! El poder de los recuerdos es prodigioso. Sobre todo el de los recuerdos de la juventud.

GUSTAVO

¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro? No eras entonces más que una gentil poca

cosa, una frágil pizarra en la cual padres y aya habían marcado en blanco sus garabatos, que hube de borrar con un revés de mano. Luego escribí á mi vez sobre la delicada pizarra todo un texto nuevo con arreglo á mis pensamientos, hasta que estuvo completamente cubierta. Mira, por eso me desagradaría tanto verme en el lugar de tu marido; pero, después de todo, asunto suyo es ese.—Y he aquí también por qué este encuentro contigo tiene para mí encantos especiales. En nuestras charlas, nuestras ideas se entrelazan maravillosamente, semejantes á cuerpos abrazados. Y cuando estoy sentado aquí, cuando te hablo, experimento la sensación de probar á cortos tragos un vino muy viejo y embotellado en otros tiempos por mí mismo. ¡Es, sí, mi propio vino envejecido, pero bonificado! — Así, pues, ahora que voy á casarme de nuevo, tengo el firme propósito de escoger una muchacha á quien pueda educar con arreglo á mi sentir. Porque la mujer es el hijo del marido. Y así debe ser. El marido hijo de su esposa es el mundo al revés.

TECLA

¿De nuevo te casas?

GUSTAVO

Sí. Una vez más intento buscar mi dicha. Pero hoy trataré de acertar mejor en mi elección, á fin de evitar... el cambio.

TECLA

¿Es linda ella?

GUSTAVO

¡A mis ojos, sí! Mas ¿no soy demasiado viejo?—¡Cosa extraña!... Desde que la casualidad me acercó á tí, me siento desesperar. Jugar una vez más la partida, ¿no es tentar al diablo?

TECLA

¿Cómo?

GUSTAVO

¡Echo de ver que dejé raices en tu suelo! ¡Las viejas heridas vuelven á abrirse! ¡Tecla! ¡Tecla, tú eres una mujer peligrosa!

TECLA

¡Ah!... ¡Y mi joven marido que pretende que soy incapaz de hacer una conquista á mi edad!

GUSTAVO

Eso significa claramente que ha debido cesar de amarte.

TECLA

En realidad..., ¿qué entiende él por amar?.. No puedo explicármelo.

GUSTAVO

Jugasteis demasiado al escondite uno con otro. Os ocultasteis tan bien que hoy es imposible encontraros. Él es emprendedor; tú desempeñas con él la comedia de la inocencia. Le has intimidado. Créeme, hay serios inconvenientes para cambiar.

TECLA

¿Son reproches todo eso?...

GUSTAVO

De ningún modo. Lo que ocurre, ocurre siempre bajo el imperio de cierta necesidad; porque, si ello no sucediese, sucedería otra cosa. Y desde el momento en que eso ha ocurrido, señal es de que eso era lo que había de ocurrir.

TECLA

Eres un espíritu claro. No sé de nadie con quien pueda tener más agradablemente un cambio de ideas. Eres tan amplio en tu moral, tan poco sermoneador, y te muestras tan dispuesto siempre á exigir tan poco de la naturaleza humana, que se siente uno verdaderamente más libre en tu compañía. ¿Sabes que tengo celos de tu futura?

GUSTAVO

¡Yo también lo estoy de tu marido!

TECLA, levantándose turbada.

Y ahora, es menester que nos separemos... ¡Para siempre!

GUSTAVO, con calor.

Hemos de separarnos, sí... Pero no sin despedirnos por última vez... (A su oido) ¿No es verdad, Tecla?

TECLA, inquieta.

Sí.

GUSTAVO, contra ella.

¡No! ¡No! Hemos de decirnos adiós, Tecla.

Todos esos recuerdos resucitados, es menester que los ahoguemos en una embriaguez exquisita y lenta y tan profunda que no nos acordemos de nada cuando despertemos. Hay embriagueces infinitas, lo sabes. (La rodea el talle con el brazo). Te rebaja el contacto de ese cerebro enfermizo. Te comunica su tisis. Voy á envolverte en mis caricias calurosas, á hacer penetrar en tí un prolongado hálito de vida, á realzar tu talento empequeñecido. Por mí van á florecer de nuevo tus rosas otoñales. Te voy á...

(Dos señoras en traje de viaje aparecen en el fondo del corredor. Hablan un minuto, muestran con el dedo á Gustavo y Tecla, sonríen y pasan).

TECLA, desprendiéndose de él.

¿Qué era eso?

GUSTAVO, indiferente.

Dos extranjeras.

TECLA

Vete..., no estoy tranquila. Tengo miedo

GUSTAVO

¿De qué?

TECLA

Me robas mi alma.

GUSTAVO

Y te doy la mía en cambio. Por otra parte..., tú no tienes alma. Es una ilusión de tus sentidos eso de creer lo contrario.

TECLA

Puedes alabarte de saber decir descortesías del más gracioso modo. Es imposible enfadarse contigo.

GUSTAVO

Es que yo soy «primera hipoteca»... Dí... ¿cuándo?... y... ¿dónde?

TECLA

¡No!... No quiero hacerle ese insulto. Aún me ama, y no quiero obrar mal por segunda vez.

GUSTAVO

¡No te ama!... ¿Quieres la prueba de ello?

TECLA

¿Cómo la podrías adquirir?

GUSTAVO, recogiendo de debajo de la mesa los pedazos de la fotografía desgarrada por Adolfo.

La tengo ya... ¡Hela aquí!

TECLA

¡Ah!... ¡Miserable!

GUSTAVO

Te basta eso, ¿no es verdad?—Con que dí, Tecla... ¿cuando?... y... ¿dónde?

TECLA

¡Traidor! ¡Me la pagará!

GUSTAVO

¿Cuándo?

TECLA

Oye... Esta noche parte en la embarcación de las ocho...

GUSTAVO

Entonces...

TECLA

¿A las nueve?

(Ruido formidable en el aposento de la derecha).

¿Pero quién habita ese aposento? ¿Qué ruido es ese?

GUSTAVO, *mirando por el ojo de la llave.*

Voy á ver...—Distingo una mesa derribada, un garrafón hecho añicos... ¡Y nada más! Habrán encerrado ahí algún perro. ¡A las nueve, pues!

TECLA

¡A las nueve!—Y que se queje á si mismo, si quiere!—Qué duplicidad! ¡Y pensar que ha sido él... él que constantemente predica la rectitud, él que me enseñaba á ser siempre franca!—Pero, dí... ¿cómo ha podido ocurrir eso? ¡Es curioso! Llego... El señor me hace la acogida más ruda... Contra su costumbre, no sale á mi encuentro... En cuanto entro empieza á picarme, á propósito de jóvenes encontrados en el vapor; alusiones que yo he aparentado no comprender... ¡Cosa infernal!. . ¿Cómo ha podido él saber eso?... Espera... En seguida se pone á filosofar acerca de las mujeres... le pasan por la cabeza reminiscencias de tus ideas... la escultura destinada á reemplazar con el tiempo á la pintura... ¡Qué sé yo!... ¡En una palabra, tus paradojas de otro tiempo!

GUSTAVO

¿Hablas de veras?

TECLA, repitiendo la entonación.

¿Hablas de veras?—Ahora comprendo... Por fin veo claramente lo infame que eres. Viniste aquí con ese propósito; á arrancarle el corazón del pecho. Tú eres quien se ha sentado en ese canapé, quien le ha predicho que contraerá una terrible enfermedad... quien le ha persuadido de que en adelante debe vivir sin tener conmigo el más mínimo contacto, quien le aconsejó se mostrase viril y autoritario al regreso de su mujer.—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

GUSTAVO

Ocho días.

TECLA

Entonces, tú eres la persona á quien ví en el vapor al marcharme.

GUSTAVO

Efectivamente.

TECLA

¿Y has llegado á creer que con tanta facilidad podrías burlarte de mí?

GUSTAVO

Ya está hecho.

TECLA

No, aún no.

GUSTAVO

Sí.

TECLA

Como un lobo raptor, solapadamente, acercábaste á mi cordero. Llegaste con un plan odioso y vil para romper mi dicha, mas no contabas con que mis ojos se abrirían y con que yo descubriría tu obra.

GUSTAVO

¡No es absolutamente justo lo que acabas de decir!...—En realidad, he aquí la cosa tal como es... Que vuestra vida no fuese feliz, era, efectivamente, mi principal deseo. Y estaba casi seguro, para esto, de la inutili-

dad de mi intervención. Por otra parte, mis asuntos privados no me dejaban tiempo para preparar intrigas. Pero, de pronto, en una de mis correrías sin objeto, me encuentro justamente en aquel vapor en que tú te lucías en un grupo de jovenzuelos. El tiempo me pareció bueno, lo confieso; y sentí curiosidad por examinaros más de cerca.—Desembarco, y he aquí que tu cordero, por sí solo, viene á precipitarse en la boca del lobo. Despierto la simpatía de ese joven epiléptico, merced á un efecto reflector que es inútil explicarte, y nos hacemos amigos. Al principio me causa cierta compasión, porque pasaba por los mismos aburrimientos que á mí me acometieran en otra época. Pero tiene la desgracia de rozar mi vieja herida,—ya sabes cuál, la que tú has descrito en tu novela... la historia del marido imbécil,—y entonces me dan ganas de desmontar á tu buen hombre pieza á pieza, como un juguete, y de diseminar los pedazos para que sea imposible reconstituirle.—¡Ah! no fué difícil la cosa..., gracias por otra parte á tus trabajos preparatorios, por los cuales te cumplimento. Además, en él no se veía sino á tí. Tú eras el resorte de su mecanismo, y hube de esperar para ver

desunirse los pedazos. Sólo entonces oí el crugido significativo.—Cuando le abordé no sabía lo que iba á decirle. Yo me encontraba en la situación del jugador de ajedrez que ha meditado muchas combinaciones y tiene que esperar á que el adversario haya dado su golpe para decidir cuál de sus proyectos puede servirle. Lo uno hizo salir lo otro, la casualidad se mezcló en todo, y pronto le tuve á él á mi disposición; y tú misma, ¿no estás bien agarrada? Dí.

TECLA

No.

GUSTAVO

¡Vamos, mujer!—Lo que tú más temías acaba de ocurrir. El Mundo, representado por esas dos señoras que yo no he ido á buscar (Insistiendo), que yo no llamé, porque no soy un intrigante de teatro, el Mundo fué testigo de la reconciliación con el marido que repudiaste. Te vió implorando en sus brazos un humillante perdón. ¿No es esto suficiente?

TECLA

Sí, para tu venganza. — Pero, explícame,

hombre ilustrado, que te crees justo, cómo es que tú, convencido de que todo lo que ocurre tiene lugar bajo el imperio de una necesidad ineludible, convencido de que nuestras acciones no son libres...

GUSTAVO

No son libres... en cierto sentido.

TECLA

Lo mismo da.

GUSTAVO

No.

TECLA

¿Cómo es que tú, que me juzgabas irresponsable cuando mi naturaleza y las circunstancias me empujaban á obrar como lo hice, puedes pretender que tienes derecho á vengarte?

GUSTAVO

¡Eh! ¡A consecuencia de los mismos principios y por las mismas razones! Porque mi naturaleza y las circunstancias me impulsan á vengarme. ¿No es igual la partida? Pero,

¿sabes por qué los dos sois vencidos en esta lucha? (Gesto desdeñoso é incrédulo de Tecla). ¿Por qué os dejasteis coger? Pues porque yo fuí el más fuerte y malicioso. «¡El idiota era él, lo eras tú! No se es necesariamente un «idiota», querida mía, porque no se escriben novelas ni se pintan cuadros. Retén bien eso.

TECLA

No tienes ni un solo sentimiento en el corazón.

GUSTAVO

Tú lo has dicho. ¡Ni uno!—Y he aquí porque sé reflexionar, como tú comprobar puedes, y obrar, según varias veces te he demostrado.

TECLA

¿Y no has hecho todo eso más que por haber yo herido profundamente tu amor propio?

GUSTAVO

¡No, no ha sido sólo por eso! Mas no debe rozarse el amor propio del prójimo. ¡Es el punto más sensible de los hombres!

TECLA

¡Puf! ¡cerebro vengativo!

GUSTAVO

¡Puf! ¡cerebro ligero!

TECLA

¡Peor, yo soy así!

GUSTAVO

¡Yo soy así, peor! Se ha de examinar el natural de los otros antes de dejar obrar al suyo. ¡Cuidado, si así no se hace, con las lágrimas y los rechinamientos de dientes el día en que ambos choquen!

TECLA

¡No serías tú quien perdonara!

GUSTAVO

¡Y sin embargo os he perdonado á los dos!

TECLA

¿Tú?

GUSTAVO

¡Ciertamente!— Durante los años transcu-

rridos, ¿llegué á levantar el dedo para tocaros? ¡No! Con sólo venir aquí, con miraros de cierto modo, he tenido bastante para separaros. ¿Os he dado escenas, colmado de reproches, de moral, de maldiciones? No. He bromeado—¡oh, muy poco!—con tu marido. Y esto me bastó para aniquilarle. Y ahora, he aquí que á mí, que le compadezco, se me acusa!... Tecla, en conciencia, ¿tienes algo que reprocharte?

TECLA

¡Nada absolutamente!—Los cristianos pretenden que es la Providencia quien regula nuestras acciones. Otros llaman á eso el Destino. Así, pues, ¿no somos inocentes?

GUSTAVO

¡En cierta medida, tal vez!—Pero basta un nada para afirmar una deuda contraída, y pronto ó tarde los acreedores se presentan. ¡Somos inocentes, pero responsables! Inocentes ante Dios, en el cual no creemos ni uno ni otro, pero responsables ante nosotros mismos y ante el prójimo.

TECLA

¿Te presentas entonces como acreedor?

GUSTAVO

He venido por recobrar lo que robaste, no lo que recibieras. Me habías robado mi dicha, y, no pudiendo recuperarla, vengo y te arrebato la tuya. ¡Lo cual es bien justo!

TECLA

¡El honor! ¡Tómalo, pues! ¿Estás satisfecho ahora?

GUSTAVO

Sí, estoy satisfecho.

(Llama).

TECLA

Y ahora te marchas. ¿Vas á reunirte á tu prometida?

GUSTAVO

¡No hay tal prometida! ¡No la habrá nunca!— Parto sin objeto, no importa para donde, puesto que ya no tengo hogar, puesto que carezco de *yo*. (Entra un mozo). Hágame el favor de traerme la cuenta. Me embarcaré en el vapor de las ocho.

(El mozo sale).

TECLA, lentamente.

¿Partes... sin reconciliarnos?

GUSTAVO

¿Reconciliarnos? ¿Cómo? ¿De tal modo olvidas el sentido de las palabras que pronuncias? ¿Reconciliarnos? ¡Matrimonio de tres! ¡Gracias hermosa! Si querías un acercamiento, debiste pensar en los medios cuando era hora; hoy es demasiado tarde, puesto que á tí te tocaba reparar y creaste lo irreparable entre nosotros. Sin embargo, creo quedarás satisfecha si te digo: «Te pido perdón por el daño que en el corazón me hiciste con tus uñas; te pido perdón por haberme deshonrado; perdón por haberme convertido, por espacio de siete años, todos los días, á todas horas, en el objeto de la risa de mis discípulos; te pido perdón por haberte libertado de la tutela de tus padres, por haberte libertado del miedo de los aparecidos y las sombras, de la ignorancia y de las supersticiones; perdóname por haberte encargado de la custodia de mi hogar y de mis bienes; por haberte dado amigos y una situación mundana; por haberte tomado cuando niña para hacer de tí una mujer». Y ahora, he

acabado contigo. Vé á arreglar tu balance con el otro.

TECLA

¿Dónde está? ¿Qué has hecho de él? Una angustia me oprime, una horrible angustia...

GUSTAVO

¿Por él? ¿Le amas, pues, todavía?

TECLA

Le amo.

GUSTAVO

¡Y me amabas en otra época! ¿Eras sincera al menos?

TECLA

Sincerísima.

GUSTAVO

¿Sabes lo que eres tú?

TECLA

¿Me desprecias?

GUSTAVO

Te compadezco.—¡Ser digno de compasión! ¡Es una cualidad, no digo «defecto», pero una cualidad desventajosa en adelante! ¡Pobre Tecla! No lo sé de fijo, pero me parece que tendré que arrepentirme, aunque como tú crea no merecer el menor reproche. Después de todo, tal vez sea un bien para tí el que te quede por pasar lo que aún pasarás, como lo pasaré yo mismo. ¿Sabes donde tu esposo puede ocultarse?

TECLA

¡Ah! ¡creo que lo sé... efectivamente! ¡Está ahí... en ese aposento... encerrado!... ¡Lo ha oido, lo ha visto todo!

GUSTAVO

¡Y el que ha visto su sombra va á morir!

ESCENA IV

DICHOS, ADOLFO

(Éste entra por la puerta del foro, pálido como un muerto, con una mancha de sangre en la mejilla izquierda, la mirada fija, sin expresión, y una blanca espuma en torno de la boca).

GUSTAVO, retrocediendo.

¡Hele aquí! ¡Cuenta con él ahora, y ve si se mostrará contigo tan clemente como yo lo fuí!—Adiós, Tecla!

(Se dirige hacia la izquierda, deteniéndose á algunos pasos de la salida).

TECLA. acercándose á él con los brazos abiertos.

¡Adolfo!

(Éste cae contra el marco de la puerta del foro).

TECLA, arrojándose sobre su cuerpo y cubriéndole de besos.

¡Adolfo! ¡Querido esposo mío! ¡Háblame! ¡Háblame! ¡Dí algo! ¡Perdona á tu mala Tecla! ¡Perdóname! ¡Perdóname! «¡Hermanito!» ¿Me oyes? ¡Contesta! ¡Santo Dios! ¡No

me oye! ¡Está muerto! ¡Dios de misericordia! ¡Oh, Dios mío! ¡Piedad! ¡Piedad para nosotros!

GUSTAVO

¡Le ama realmente! ¡Desde el fondo del corazón, le ama!

TELÓN

DE LA MISMA COLECCIÓN

Augusto Strindberg.—**PADRE**

Precio: UNA PESETA

UNA PESETA